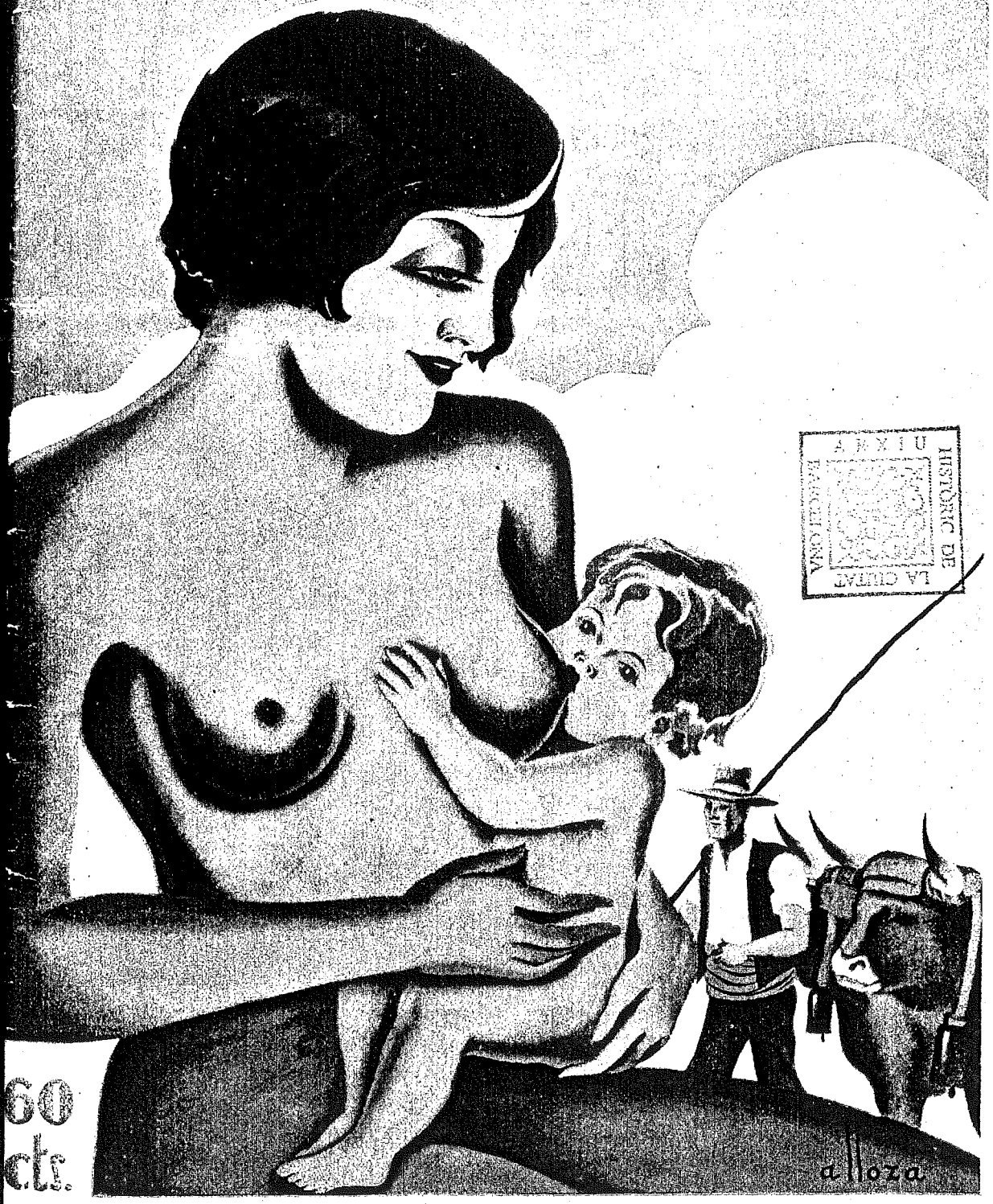
BIOFILIA



HISTORIC DE LA CIUTAT BARCELONA

60 cts.

alloza

En prensa:

DIOS Y EL HOMBRE

Formidable alegato contra toda religión, original de

PEDRO BUSHNER

y

LAURA BRUNET

Un libro fundamental para orientar las conciencias libres.

Portada de Renau

¡Prontol ¡Prontol ¡Prontol

BIOFILIA

REVISTA MENSUAL DE CULTO A LA VIDA

DIRECCIÓN: LAURA BRUNET

AÑO I **NOVIEMBRE DE 1935** **NÚM. I**

P A N O R A M A

B e a t i t u d



Así, sentado bajo el parral, con la pluma en la mano y las cuartillas en la vieja mesa de pino, se siente uno bien para escribir. Todo descansa a mi alrededor; todo vive; todo goza; todo germina en una armonía maravillosa. Más que escribir, me gustaría pintar. Me advierto esclavo de la naturaleza. El ambiente se adueña de mi voluntad, me adormece y me incorpora a esa vida múltiple y fragante que me rodea. Como si fuera yo un árbol, o un surco sembrado, o una raíz hurgando tierra adentro.

Escucho, sin voluntad, sin albedrío, la cristalina canción del agua que va cayendo tranquila, sin apremios, en la plácida balsa poblada de peces multicolores; aspiro las intensas emanaciones del huerto, abierto ante mis ojos como un abanico inmenso de varias y atractivas tonalidades. Quedo un momento absorto, anonadado, mirando la obra de arte del paisaje huertano: los recios y amplios brochazos de las oscuras coles; las tiernísimas pinceladas, de un verde casi blanco, de las lechugas en plantel; la sedienta senectud de los ya amarillentos patatales; la imponente majestad del viejo nogal, de un verde profundo, severo, claustral, salpicado por las relucientes esmeraldas del fruto; la amatronada ampulosidad de la higuera, pródiga en ubres en ciernes, diminutas, tentadoras y sensuales; la plateresca orfebrería de los perales, altos, finos y esbeltos como candelabros dieciochescos; la aterciopelada albura de los membrillos, cuyas ramas delicadas pueden apenas sostener los pomposos frutos que, a no tardar, reposarán en ventrudas jarras y serán delicia del gusto en los días de invierno; los recargados y frondosos granados con manchones de un rojo vivo en el follaje que en unas ramas es todavía flor y en otras fruto reventón que invita a la succión golosa. No hay tormento, no hay tortura en el conjunto.

Y así, sumergido en este ambiente beato, vivo yo también, gozo yo también, descanso yo también como goza, vive y descansa la naturaleza. Y así, sin cadenas de orden alguno, sin leyes, sin dogmas y sin preceptos, reduzco la visión de mi patria, de mi religión y de mi ley, a lo que me es esencialmente necesario para vivir y, mirando mi huerto, generoso,

pródigo, sencillo, me pregunto: si la vida es así, tan dulce, tan amable, ¿por qué los hombres se empeñan en hacerla tan dura, tan ingrata?

Y, en verdad, que no acierto a dar con una razón que justifique tal proceder, que llega a hacerse incomprensible.

Incomprensible por absurdo, por retorcido, por excesivamente laborado. Todo son complicaciones para el hombre. La simplicidad, la ingenuidad, no existen. A cada amanecer desaparece un rayo de sol. Se tiende a hacer del hombre un monolito sin cerebro, sin corazón, sin arrestos genésicos. El Estado, la religión y la ley, más que cauces conductores, son cloacas irrespirables. No se puede vivir en ellas. No son ya estos tópicos el reducto cívico donde el hombre sentía germinar sus purezas ideológicas; son su cárcel. El hombre no puede pensar, no puede sentir, no puede expresar. La ley, el Estado y la religión se lo impiden. Son cuñas en su corazón, son garras en su cerebro, son botonazos de fuego en sus glándulas sexuales.

Y no hay una razón para ello. El hombre no es tan malo como se le supone. Hay en él, en su subconciencia, un instinto biófilo y eso es lo que defiende palmo a palmo. El hombre quiere vivir, nada más que vivir. Los tópicos, los dogmas y las coacciones, le estorban.

Poco a poco se va dando cuenta de las torpezas del progreso humano, que a todo conduce menos a su felicidad. Y eso es, precisamente, lo que él apetece; lo demás no le interesa.

Todo va cayendo a su alrededor, todo se derrumba. Sólo una cosa va entrando en la eternidad y el hombre vuelve a ella después de su éxodo alrededor de todas las entelequias. Y esa cosa es la tierra. Vedla aquí, ante mis ojos: en ella está todo. En estos surcos sanguíneos, en estos árboles frondosos en esta casuca que es la mejor del mundo porque es la mía, tengo yo mi patria, mi religión, mi ley y no quiero otras...

Anochece; las fragancias terrales ascienden hasta mi emparrada terraza y me embriagan. El viejo, cachazudo, azadón al hombro, ha soltado la balsa y el agua corre y serpentea por los surcos que se esponjan y adiamantan. Lejos, muy lejos, brilla una estrella diminuta y viva como un ojo de ardilla. Canta un grillo. Silencio en el corral. Me apoltrono en mi asiento. Dejo que la naturaleza se apodere de mí, que me anonade, que me anule. Una placidez indecible anida en mi interior. Soy feliz.

Descansar, es vivir.

EPICURO,
el joven



¿A qué venimos?

BIOS, vida; filia, amor; casi no precisarían mayores aclaraciones ni más detallados programas para que el lector supiera a qué y por qué venimos.

¡Amor a la vida! ¿Se quiere un postulado más humano, más sencillo, más pueril para lanzarse al palenque en busca del adversario, no para vencerle en la lucha, sino para persuadirle del error en que está viviendo? Alguien supondrá que el adversario de que hablamos, es pura invención nuestra, algo así como un fantasma creado por nuestra fantasía. Es imposible, se argumentará, que haya un solo sér humano en el mundo que no sienta amor a la vida. Eso parece lo natural, lo lógico; pero la realidad nos dice que el adversario existe, que en todo hombre hay un adversario de sí mismo, y que precisará una labor quizá de siglos para lograr que el hombre deje de ser un mártir forzado de sus errores y que su paso breve por la tierra se trueque de tortura en tránsito de felicidad.

¡Biofilia! ¡Amor a la vida! Si los hombres no levantaran más bandera que esta; si no inscribieran en sus escudos más que esta divisa; si desde la cuna al sepulcro no tuvieran otra preocupación que ir en busca de la felicidad terrenal, seguramente que el mundo en que nos agitamos habría eliminado la casi totalidad de los problemas que hoy le conmueven y que convierten sus entrañas en un infierno y sus cimas en terribles volcanes en perpetua erupción.

Con una constancia y una tenacidad desesperantes, se ha enseñado al hombre a ser biófobo, y esta biofobia, este odio a la vida, esta repulsión a los goces terrenales, le ha conducido a la encrucijada en que se halla y de la que difícilmente sabrá encontrar la salida. Sectarismos, prejuicios, ambiciones, intolerancias, todo un sin fin de lastres van esclavizándolo y cada día se hacen más pesados, más insoportables.

Asusta ver la educación que se está dando a la infancia. Cada precepto pseudo-cívico, cada premisa ética o moral, es un eslabón de la cadena que más tarde habrá de convertirlo en un doliente. Prometeo amarrado a los dolores de la vida. Se le hurta la verdad, se le mixtifica los principios biológicos, se le tapona la mente con enormidades históricas y sin darse cuenta, cuando el niño llega a la adolescencia, es ya un esclavo de cuanto le rodea. Unos le hablan de comunismo, otros le tachonan el cerebro ponderándole omnipotencias divinas; todos y cada uno le envilecen el corazón

DECALOGO BIOFILO

- *Amarás a la vida sobre todas las cosas.*
- *No odiarás nada, porque odio conlleva tortura.*
- *Dejarás a un lado, como si no existiera, todo lo que te moleste o cause angustia.*
- *Borrarás de tu mente todo precepto o dogma que se oponga al goce de la vida.*
- *No admitirás jerarquía ni potestad alguna, que se te muestre como superior al hombre.*
- *Considerarás nuestro universo como el paraíso que se tè da para que goces de todas sus maravillas. De ese paraíso, tú, hombre, eres el dios único y verdadero.*
- *Gozarás sin más límite que la cordura que hace perdurables los deleites.*
- *Amarás el agua y el sol y procurarás su contacto directo.*
- *No olvidarás que todo en el mundo, con buen acuerdo, puede proporcionarte placer.*
- *Desearás para tu prójimo todo aquello que anheles para tí.*

Resumirás en todo momento y en toda ocasión estos diez preceptos en uno solo: vivir.

y le exprimen el cerebro y el niño va creciendo entre odios feroces y se encuentra ya hombre con las arterias intoxicadas y la víscera cordial goteando bilis.

Lo primero que descubre el niño en su atormentada metamórfosis, es que no se está bien en el mundo, que no hay paz, que no hay bienestar. Intuye que se lucha por idioteces, que los que le educaron elevaron a estratos simbólicos preceptos éticos que destrozan al hombre, que le humillan, que le anulan. Poco a poco va descubriendo que la moral que le han predicado es una tela de araña en la que se asfixia y que ella embalsa en pantanos fangosos las alegres linfas biofílicas de sus arterias juveniles.

Y cuando descubre el fraude, cuando ve que cuanto le rodea es falso y que el mundo es una cárcel sin evasión posible, o cae fuera de la ley—de esa ley absurda que se ha dado a sí mismo—o se procura un manojo de llaves para actuar de carcelero. El dilema no admite matices: o te adaptas y cierras los ojos a la verdad, en cuyo caso no te faltará carnaza para satisfacer tus apetitos inconfesables, o cuidará el látigo de aplacar tus rebeldías. Y así comienza la caza del hombre por el hombre; así los sádicos refinamientos de ir cercenando las gloriosas explosiones genésicas del hombre hasta dejarlo en un castrado, en una piltrafa deleznable, en un montón de carne para el pudridero.

A tales extremos ha llegado el hombre en esta vorágine loca de perseguirse a sí mismo, que debiendo y pudiendo ser un Dios—¡el único Dios!—sobre la tierra, llegará al final de la jornada sin haber realizado nada de provecho y acabará reventado como una cigarra.

Veinte siglos llevamos de cristianismo y durante ellos el hombre ha aprendido a odiar todo cuanto pueda hacerle feliz en la tierra. Baste decir que hubo días en que la limpieza corporal fué considerada como un horrendo pecado.

¿Y todavía habrá quien nos pregunte si al saltar al palenque encontraremos adversarios? ¡Si hay que luchar contra todo! ¡Si todo está contra el hombre y nosotros lo queremos todo para el hombre!

Precisa echar abajo el andamiaje que tapa la luz del sol y embalsa las aguas de los ríos. Hay que airear y solear el mundo para alcanzar una mayor sencillez en las costumbres y una existencia placentera que nos acerque un poco a la venturosa vida de aquellos hombres que nos describe Ovidio y "que moraban sobre la tierra alejados unos de otros—sin formar infectas ciudades—entregados por completo a su libre albedrío, sin leyes, ni coacciones, ni miedo al castigo ni amenazas, ni pretores y que instintivamente dirigían su conducta y reprimían sus instintos naturales".

Claro que no podemos retrotraernos a las apacibles costumbres de aquellos seres felices pero podemos ayudarnos a bien vivir con un tratamiento moral y material de agua, de sol y de aire que, a la larga, sanará la mente y el cuerpo de la raza humana.

¡Hombre! ¡Dios que estás sobre la tierra y que vives como un gusano! ¡Hombre que naces libre y que a ti mismo te das cadenas! ¡Goza en la tierra! ¡Rompe esas cadenas! ¡Ama a la vida por encima de todo!

Y no olvides que después de esto, no hay nada más. Absolutamente nada más.

Laura BRUNET

Biofilia

REVISTA MENSUAL
DE CULTO A LA VIDA

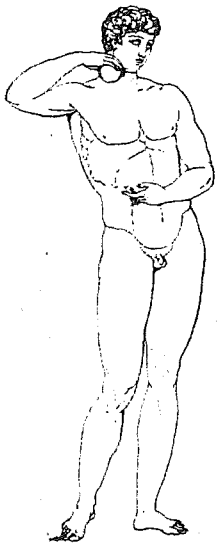
Dirección:
LAURA BRUNET

Estudios sociales. Inquisiciones acerca del problema sexual. Análisis científicos de cuantas prácticas y dogmas esclavizan al hombre. Postulado biófilo en todos los aspectos humanos.

Las mejores firmas universales. Soberbias láminas e ilustraciones.

Precio del ejemplar: 60 cts.
Suscripción:
Un año: 7'— ptas.
½ año: 3'50 ptas.
Se admiten giros postales y sellos.
Redacción y Administración:
Bou de San Pedro, 9
Barcelona

Desnudismo y Vestidismo



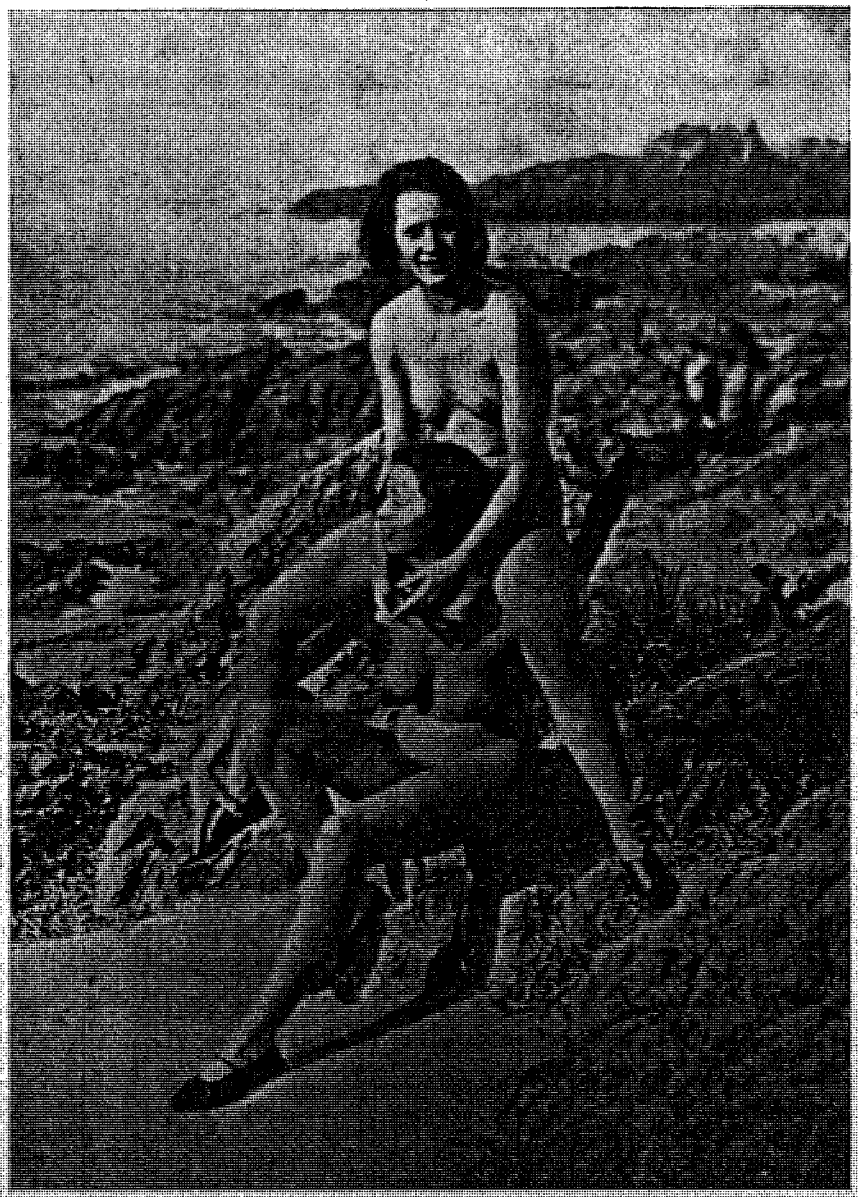
Eso del desnudismo no es un pasatiempo ni una expansión desenfadada de gentes despreocupadas. Es una revolución social, un intento de inversión de las costumbres establecidas en nuestra sociedad. Hay que afrontar la teoría desde este punto de vista. La ignorancia, poco menos que enciclopédica de los desnudistas españoles, ha situado la cuestión en una esfera microscópica en la que se debate un anacrónico punto de vista moral, y desnudistas y vestidistas no saben apartar la lente de un objetivo tan nimio y tan deleznable. No; el desnudismo no es eso, simpáticos roedores de ajos y cebollas. El desnudismo va más allá, mucho más allá. Hemos dicho y repetimos que el intento de desvertirse el hombre es una revolución en todos los órdenes de la vida y comienza a ser ya hora de que las mentes superdotadas dediquen un poco de atención a lo que dentro de medio siglo ofrecerá aspectos inaplazables e imperativos.

Dejemos, pues, a un lado el punto de vista estropajosino del desnudismo y situemos el postulado en su verdadero marco de inversión del orden universal de nuestra vida.

Si el hombre se desviste para no volverse a vestir, ¿qué ocurre? Ocurre, simplemente, que en el mundo sobra todo, absolutamente todo lo que hoy produce el propio hombre. Porque, desvertirse, no quiere decir quitarse los vestidos en casa en el momento de salir a la calle para luego, al regresar al hogar, envolver el cuerpo en finas telas de lino y darle descanso en muelles divanes y esponjosos colchones. No, no: desnudismo, conlleva, reclama, exige, vivir en una armonía y fusión absoluta con la naturaleza. Sobran las casas, sobran las ciudades, sobran las camas, sobran los cines, sobran las instituciones bancarias, sobran las organizaciones estatales en todas sus ramas, sobra, por sobrar, la patria, la religión, la administración de justicia. Sobra todo lo que hoy aparece como una necesidad de las sociedades modernas, en una palabra. Con el desnudismo integral, el hombre queda solo ante la naturaleza y en lucha o fusión con ella. El día que el hombre decida desnudarse, al dejar caer la última pieza de su indumento, se hundirá todo el maquinismo de nuestra civilización y sus actividades quedarán reducidas a una simple vida familiar: la barraca, la cueva o la cabaña, para cobijo suyo y de los que le rodean; unos troncos para sentarse, unos cazos de barro para el condumio, unas pieles para eludir las rudezas térmicas y echarse a dormir o a descansar y, por toda actividad, la captura diaria de los elementos que le sean necesarios para alimentarse. ¿Es eso lo que propugnan los desnudistas españoles? Y si no es eso, ¿qué quieren, a qué aspiran? Ya hemos dicho que, desgraciadamente, el desnudismo español se debate en un ambiente ideológico herbívoro. Da pena leer las necedades que se escriben en su pretendida defensa. Las publicaciones de este sector de la lucha del hombre contra lo que le amarga la vida, no resisten el más leve análisis. No hay profundidad en la visión; no hay jugo en el postulado. Todo en ellas es de un cretinismo mental que asusta.



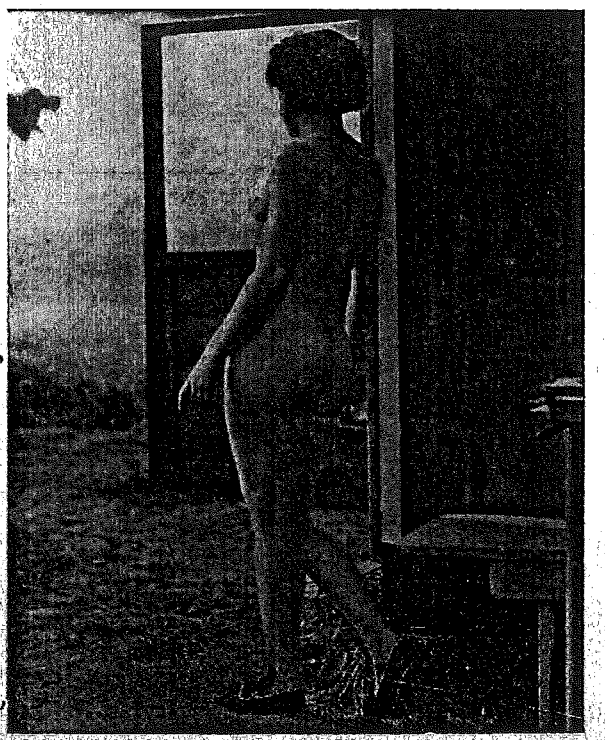
No ha mucho nos decía una desnudista, jamona, regodeta, soltera, movediza como una niña a pesar de sus cuarenta años:



"¡Oh, nuestro campo es maravilloso. Contamos con todas las comodidades: estanque, bosque, gimnasio, duchas y un aparato de radio soberbio!". "Señora—estuve por decirle—, desnudismo es incomodidad; desnudismo quiere decir, para resumir la visión en pocas palabras, comer con las manos. ¿No lo sabía?". Eso quise decirle, pero me di cuenta de que mi admirable jamoncita lucía en aquel momento un elegante traje de calle, una coquetísima *cloche*, unos soberbios pendientes, un reloj de pulsera, sembrada ésta de pedrería, unas detonantes sortijas, unos guantes de punto con bota holgada, muy *chic;* un *pendentif* con una cruz centelleante, unas medias de seda, caladas, unos zapatitos en blanco y negro, realmente primorosos, con sus altos taconcetes, un monedero charolado con cierre de marfil y a la vista de todo esto, no me sentí con fuerzas para desencantar a mi entusiasta desnudista. Al despedirnos me limité a suplicarle que me invitara un día a visitar su campo, para "practicar". Porque, eso del desnudismo a ratos, tiene sus compensaciones; no lo dudéis.

Y desnudistas al estilo de mi adorable jamoncita, es lo que abunda. Desnudistas por sport, por simple prurito de despreocupación, a manera de pasatiempo veraniego; pero sin prescindir de la radio, de la aviación, de los expresos, de las motonaves y de todas las comodidades que trae consigo el "vestidismo". El día que surja el apóstol del desnudismo como a revolución social, el día que el hombre se dé cuenta de que en cosa tan sencilla como es esa de prescindir del indumento, está la solución de todos los problemas que hoy le atormentan; el día que advierta que el hombre en su estado natural se desliga de todas las leyes y convenciones sociales que no le dejan tiempo para vivir, entonces el desnudismo ocupará el sitio que le corresponde y se entablará la postrera revolución entre vestidos y desnudos.

ADAN



LA HECATOMBE

CORRIAN por las calles, los brazos en alto, al viento las cabelleras, talmente como locas, las mujeres de aquel pueblo infeliz. Los hombres, taciturnos, con los puños cerrados, extraviada la mirada, divagaban por las calles. Un aire fétido, de consunción, de muerte, hacía el ambiente irrespirable. Las casas, abandonadas, producían la sensación de sepulcros vacíos. Viejos y niños lloraban y gritaban aterrorizados por el misterio y la desolación que les rodeaba. Las caballerías se pudrían sin que nadie se preocupara de enterrar sus carroñas. Los muros, casi legendarios, se desplomaban con estrépito, sembrando muerte y dolor. La multitud, enloquecida, corría sin rumbo por campos y caminos. En los puertos se estrellaban las naves, perdidas las amarras, contra los muros de los muelles.

Pequeños incendios, mortecinos rescoldos, salpicaban el paisaje denunciando que allí, bajo aquellas cenizas, vivieron felices unos pueblos antes de sobrevenir la hecatombe.

Bien, se dirá el lector, y ¿a qué viene esta literatura terrorífica? ¿Qué ha ocurrido? ¿Una guerra química? ¿Una convulsión del mundo? ¿Una peste?...

Nada de eso; el flagel que había caído encima de aquel pueblo infeliz que un día se llamó España, no era una guerra, ni una revolución, ni siquiera una convulsión volcánica. Fué algo más terrible, más desolador, más irreparable. Fué nada menos que en todo el país la cosecha del trigo se presentó horriblemente abundante. ¿Queréis más grande calamidad? ¿Comprendéis ahora la desesperación, el verdadero terror que había de experimentar aquel pueblo desgraciado ante tan pavoroso flagel?

¿Que no lo comprendéis? ¿Que eso, lejos de ser una calamidad es una bendición para el pueblo? ¡Idiotas! ¿De dónde sacáis esas teorías absurdas? ¿Qué entendéis vosotros de eso? Como a calamidad espantosa la diputaron los políticos españoles que regían los destinos del país en los ya lejanos días del siglo XX y como a tal debe ser tenida sino se quiere sentar plaza de imbécil.

CIVILIZACION

NADIE ignora que civilizar quiere decir someter. El primer klan de la tierra que *civilizó* a la tribu vecina, limitó su misión a imponer a los *salvajes* una ordenación de trabajo a beneficio exclusivo de los civilizadores. Precisa no olvidar que la civilización radica en la fuerza. Siempre, el que imponga su civilización, habrá de ser el más fuerte. Quiere decir esto que allí donde está la fuerza, está también la razón.

Ahora mismo, una potencia europea se ha empeñado en civilizar las tierras etiópicas y allí ha ido con sus cañones, sus ametralladoras, sus gases asfixiantes y cuantos elementos de civilización va poniendo la ciencia a los pies sagrados de Marte.

De que Europa quiere civilizar Abisinia, no cabe, no puede caber la menor duda.

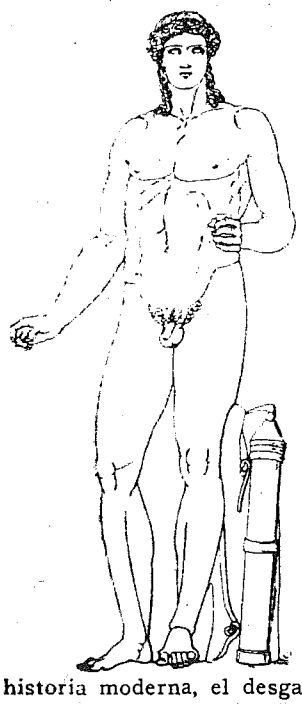
Y de que los súbditos del Negus necesitan de nuestra civilización para poder vivir es cosa que no admite réplica. Ahí tenemos, por ejemplo, el relato que acaba de hacer un médico francés de la vida y las costumbres de aquellos infelices. Nos dice, entre otras cosas, que allí rige la bárbara ley del talión, administrada directamente por el pueblo. ¿Se coge a un ladrón con las manos en la masa? Se forma un corro en mitad de la calle. El robado acusa; el supuesto ladrón se defiende; pero si la culpabilidad es manifiesta, allí mismo, de un espadazo, se le corta la mano. *Dura lex, sed lex.* Otro detalle del salvajismo de los abisinios: cuando uno de ellos mata a un semejante se le administra justicia inmanente y se le manda a hacer compañía a su víctima. Ojo por ojo.

En cambio, el propio doctor, nos ofrece un ejemplar detalle de los saludables efectos de la civilización occidental en aquellos parajes. Dice que el ochenta y cinco por ciento de la población abisinia es sifilítica.

No caemos en pecado de hipérbole. Cuanto decimos nos hemos limitado a extractarlo de la revista parisién "Vu" y el autor del reportaje es nada menos que el médico de cabecera del Negus.

ABRIENDO SURCO

El paro forzoso como elemento corrosivo del régimen capitalista



El régimen capitalista o burgués, está en su ocaso. Lo que un día fué un paso más del hombre hacia sí mismo y enterró definitivamente el poderío de la nobleza bajo sus lavas incandescentes, ofrece hoy inconfundibles síntomas de descomposición. Perdido el ritmo que le imprimiera la revolución francesa, que, después de la de Espartaco, es la única conmoción humana que registra la historia moderna, el desgaste de la máquina burguesa se acusa cada día con mayor evidencia y pronto no quedará de ella más que un espantable esqueleto.

Se ha pretendido, por medio de leyes o al margen de ellas, anular los arrestos genésicos del sér humano y éste va quedando en una piltrafa sórdida a todo idealismo e inapta para realizar el menor intento generoso de renovación. Ese es el resultado del maquinismo coactivo, feroz y torpe con que se pretende reducir al Hombre que, instintivamente, recurre, como defensa, a sus uñas, ya que la mente y la razón de nada le sirven en estos tiempos de gobernantes cretinos y malintencionados.

Vivimos en plena era pretoriana. De nada sirven las leyes fundamentales de los Estados. Al ser adaptadas por medio de ordinaciones complementarias, éstas anulan arteramente aquéllas y al pasar de la adaptación a la interpretación se pierde todo rubor y sólo queda de las esencias de la ley el descoco y la majeza de quien, látigo en mano, cuida de esquilmar al rebaño. Que en eso, en rebaños y jaurías está dividida nuestra sociedad moderna.

Y esta absurda división no puede ser, no puede prolongarse hasta el infinito, en tanto el hombre nazca con la luz divina del pensamiento como antorcha. Y es que en el mundo se puede coaccionar todo menos una cosa: el pensamiento. Y pensamiento, es razón... Y razón quiere decir rebeldía a todo sistema injusto, inhumano y salvaje.

Para que la paz reine en el pueblo, no existen más que dos caminos: aquel que conduce al jardín placentero de la democracia, del respeto a la ley, de los derechos y de los deberes, o aquel otro que un brioso general impuso en Varsovia: el cementerio.

Mientras el pueblo vea atropellados sus derechos, no reconocerá deberes y tratará, como se está viendo, de destrozar las organizaciones que convierten el tránsito terrenal en un calvario sembrado de angustias, zozobras y dolores.

Pero lo deplorable, lo desalentador es que no se advierte en el horizonte de las ideas y de los sistemas, el esquema de la nueva forma que haya de adoptar el sér humano para su convivencia y vida de relación. Es ley eterna que toda muerte ha de traducirse en una nueva vida. Nada muere en el Cosmos. La cadena biológica de las formas corporales se prolonga indefinidamente en incontables eslabones. No obstante, nuestro sistema burgués parece destinado a burlar esta ley, de la naturaleza, como las ha burlado todas. Nada se agita detrás de él con ansias de vida nueva. La modorra, el desaliento y la desesperanza lo invaden todo. Como si el mundo presenciara, anonadado, el triste fin de esa fecunda Democracia que entre todos asesinaron y que nunca alcanzó a regir plenamente los destinos de los hombres.

Beocia se va adueñando del mundo. Se arguye con la espuela y se replica con la herradura. El diálogo entre gobernantes y gobernados, más que diálogo inquisitivo de un punto medio de razón y de justicia, va toman-

do aires de lucha bárbara en busca de la victoria por la fuerza.

Libres de dogmas y prejuicios, hablamos de buena fe, sin presión alguna y nuestras opiniones de espectadores imparciales y bien intencionados deben ser respetadas porque ellas son objetivas y tratan de buscar una coincidencia saludable en esa lucha sin piedad y sin rubor que a todos destroza y aniquila.

Tan crueles y burdas han sido las lecciones para el sér humano en sus luchas ideológicas, que éste ha echado por la borda cuanto se aparte de la realidad inmediata y el político no halla ya catapulta de suficiente potencia para mover las masas y encauzarlas hacia un ideal abstracto.

No ha mucho, cuando el burgués había de mantener con el proletariado sus naturales escaramuzas, solía decir: "O se acaba ese estado de violencia o cierro mi fábrica". Hoy no puede decir ya esto, porque el obrero se encogería de hombros y le contestaría: "Ciérrala".

El elemento productor no se interesa por el producto. Tácitamente, inconscientemente, el obrero aborrece su labor. Lógicamente había de dar estos desastrosos resultados un sistema que todo lo concede a los vagos y nada a los trabajadores.

Las huelgas y los lockouts, van quedando en anacronismos. Las luchas entre parásitos y productores, van tomando un aspecto tácito de una ferocidad solitaria y lúgubre que escapa a toda acción coactiva. Llegará momento en que, sin mediar la menor violencia, uno de los adversarios—el sistema burgués—caerá de inanición sin haber roto las hostilidades con su antagonista.

No hay peor enemigo que el invisible. Y el proletariado universal es hoy el adversario invisible del burgués. Las masas obreras, ya no existen. Cada hombre es un mundo que vive en sí y para sí. Cada sér humano tiene su problema y lo va resolviendo paso a paso, día a día, minuto a minuto. Un afán destructor, corrosivo, orienta todos sus actos.

Jamás en la historia se ha dado un solo caso en que la coacción por la fuerza resolviera problema alguno. Al darse cuenta el hombre de la inutilidad de la lucha colectiva y de la desigualdad de sus armas contra las del poder, se cierra en sí mismo y su vivir es ya un líquido silente y corrosivo que destruye cuanto toca. Ese es el precio de las inhumanas represiones burguesas sobre los ejércitos idealistas. Se ha perseguido las ideas, se ha destruído las organizaciones democráticas, se ha estrujado la mente del pensador y, gradualmente, las masas pasaron a ser guerrillas primero, escamotes después, para adoptar finalmente ese aspecto desconsolador, desesperante, sin control posible, del Hombre solo contra todo lo que le rodea. Y en esa lucha, sorda, salvaje, despiadada, moriremos todos. Y moriremos porque, dígase lo que se quiera, sin democracia no se puede vivir.

Se habla mucho de paro forzoso. Los gobiernos corren desalentados detrás de una solución que no han de hallar. Se hacen estadísticas, se proponen remedios, se inventan trabajos, se aplican millones y millones para atajar la lacra. Es inútil. El mal no tiene remedio. Mientras el Estado sea una coacción para el individuo, el individuo actuará en todo momento como elemento destructor de ese Estado que ejerce sobre él poderes que no le han sido conferidos. La resistencia pasiva del individuo escapa a toda acción coactiva del poder. Y esa es la actitud tácita del proletariado universal. Resistencia a todo, sin ofrecer el blanco de su pecho en la pelea. Obsérvese que donde menos cruenta se presenta la lucha es, precisamente, en aquellos países en los cuales el Estado respeta más los derechos del hombre. No así, en los que la ley fundamental de la nación, se advierte constantemente falseada, amañada y aun atropellada, por los llamados a vivaquear a su sombra, ya de sí artificiosa. De viejo, quizá de los orígenes del mundo, hubo siempre para el Hombre una figura excelsa, casi divina: el juez. El era el fiel de la ley por encima de pasiones, de dogmas y de banderías; él tenía en los ojos una emocionante luz de paz y de concordia; él era el pastor supremo que, con su sabiduría conducía al buen camino las ovejas descarriadas. Ved en nuestros días a lo que ha quedado reducida esa figura patriarcal: en un autómata de los girógvagos políticos, de los roedores del presupuesto, de los salteadores de poltronas. Y conste que no es a la judicatura a quien dirijo mis dardos, sino a los que, desde sus madrigueras legales y poderosas, lo envilecen y denigran todo. Da pena, da susto, pensar que existen todavía países continentales donde el juez ordene la libertad de un hombre y otro poder pueda retenerlo.

No se hable, pues, de paro forzoso. El paro es voluntario, el paro está en el actuar subconsciente del hombre que produce. Y contra ese paro, contra esa actitud indefinida, contra ese fantasma incorpóreo, todo intento de solución habilidosa, es inútil.

Lógicamente había de ser así.

¿Qué fuerza, qué poder, qué coacción puede evitar que el obrero produzca mal y caro y que, ademas, limite el consumo a lo indispensable? Y ese es el germen, la raíz, del árbol que los hombres de gobierno quieren atajar cortándole el ramaje. El obrero no quiere producir ni consumir. Claro que él es la primera víctima de sus actos; lo sabe y no se preocupa por ello. Como bestia lo han tratado y como bestia acorralada se porta. Caras, muy caras, habrá de pagar la burguesía sus canibalescas victorias sobre el proletariado. Tan caras, que no podrá saldarlas a ningún precio. Como no puede saldar ya a precio alguno, las mercancías que se amontonan en sus almacenes y que el hombre que trabaja ha hecho inaccesibles a sus propias fuerzas económicas.

Parece mentira—lo parece sobre todo en España—que hombres que se han pasado la vida en las trincheras de la oposición, recurran a procedimientos de fuerza para gobernar. Llega a hacerse incomprensible en ellos tan disparatado proceder. Y si para nosotros, los que nos esforzamos en razonar los actos de los hombres que rigen nuestros destinos, resulta poco menos que paradógico establecer un punto de contacto entre sus idearios y sus procedimientos de gobierno, ¿qué no habrá de ocurrir en las mentalidades rectilíneas de los asalariados, al darse cuenta de que en España es todavía perseguida *la deplorable manía de pensar?*

Una esperanza le quedaba al proletariado español y esa esperanza ha sido ya realidad: la República. Pero esa realidad le ha defraudado. No ha encontrado en ella libertad, no ha encontrado en ella raigambre democrática. El día que los monárquicos quieran intentar una restauración, podrán hacerlo sin encontrar a su paso el menor obstáculo. Ni un solo obrero defenderá la República.

Esta es la razón de que el obrero español se haya dejado arrastrar hacia los ambientes morbosos del inconformismo silente y del saboteo bilioso, procedimientos ya universalizados. De ahí su resistencia a consumir; de ahí su morosidad en producir.

Las finalidades que se persiguen con la resistencia pasiva individual, conducen todas a un mismo resultado: el caos. Encareciendo el producto, el dinero pierde valor adquisitivo y sus acaparadores ven mermado el valor supuesto de sus fortunas. Un casero que antes podía vivir holgadamente con la renta de un inmueble urbano, hoy es poco menos que un pordiosero. Claro que ese casero ha recurrido inmediatamente al aumento de los alquileres, creyendo hallar en ello una solución a sus agobios. Pero el proletario ha reclamado inmediatamente un jornal mayor al que percibía y el burgués no ha tenido otro camino que encarecer el producto para atender la demanda. Luego, como el Estado tiene también obreros a su servicio, ha recargado impuestos y contribuciones para pagarlos y simultaneamente se ha producido una nueva alza en el precio del producto. Y ya la noria no cesa de rodar y cada canjillón se apresura a coger el agua que pueda, hasta que el pozo quede seco. Nadie se preocupa de conservar el manantial. Un egoísmo sórdido rige los actos de los hombres, que tienden a vivir y a gozar cuanto les sea posible, como si vieran próximo el fin del mundo y se entregaran a la embriaguez de una postrera bacanal. Y obran muy cuerdamente. Si el Estado, si la comunidad, devora al individuo, ¿a qué y por qué sacrificarse? Si la comunidad les castra y no les deja siquiera una lucecilla de libertad en la que cifrar sus ansias y sus amores, ¿por qué y para qué aspirar a otra cosa que a un goce material de la vida a costa de lo que sea?

A la siembra de vientos ha de seguir forzosamente una recolección de tempestades. Y la tempestad que nos amenaza, está en relación con los vendavales sembrados por los rectores ineptos de una comunidad que fué buena y dócil mientras pudo serlo.

J. SANXO FARRERONS



LUPA

HAY QUE AFLOJAR

UN diputado radical ha propuesto a la asamblea de su partido que no se apoye a hombre alguno que aparezca con el más leve lunar en su honestidad.

Muy fuerte nos parece la proposición. Vamos a quedarnos, caso de prosperar, sin políticos para formar una minoría de media docena de hombres. Pare usted la burra, amigo.

CAMBIO DE COLOR

SEGUN los acontecimientos bélicos de Etiopía, parece que los ejércitos beligerantes están cambiando de color. Los que ahora se van viendo negros, no son los abisinios, sino los súbditos del duce.

ENTRE BOBOS...

YA han visto ustedes la que se ha armado alrededor del asunto del "Straperlo". Parece que eso del juego es una cosa muy terrible, muy inmoral, muy perniciosa; pero parece que una cosa tan detestable sería la salvación económica de San Sebastián.

No somos jugadores y no nos queda tiempo para estudiar a fondo la conveniencia de autorizar o no que ruede la bolita mágica.

De todas maneras, parece, así a primera vista, que el caballero que va a jugar a un casino, será porque tenga dinero y además porque no sabrá en qué invertirlo. Y parece, también, que el dinero que se pierde en una mesa de juego, da lugar a un reparto general de monedas y billetes que estaban en una sola mano y que pasan a varias distintas. Y afirman, además, los entendidos, que a consecuencia de este reparto de metal amonedado o de estampitas de esas que fabrica el Estado, los caballeros formales se deciden a comprarles vestidos de seda, autos, mobiliarios y otras chucherías, a unas señoritas que dedican su existencia a las labores propias de su sexo y a pintarse los ojos con rimel y los morritos con carmín.

En vista de lo cual y bien considerado el asunto, opinamos: que habida cuenta que los trajes, los abrigos, las medias de seda, los muebles, los autos y las demás chucherías que compran esos caballeros formales a sus amigas, son producto de unas labores realizadas por obreros y obreras. No olvidando que los caballeros que juegan, si no jugaran enterrarían el dinero en sus arcas. Teniendo presente que aquí lo que falta es trabajo y que el dinero cuanto más corra más producirá; fallamos: que no vemos por parte alguna la inmoralidad en que ruede la bola en los grandes casinos y en que los caballeros formales pierdan la formalidad y se decidan a hacer un generoso reparto de sus acumulaciones fiduciarias.

Donde sí vemos la inmoralidad, donde sí advertimos la truhanería, es en el hecho de que un señor proponga el arrendamiento de unos recreos al precio que se le pida; que este señor haga la solicitud a plena luz y sin ambajes; que este señor pida al Estado condiciones para la concesión del negocio que le interesa y que no haya habido en el Congreso o en los ministerios un hombre lo suficiente gallardo, lo necesariamente honesto, para decir: "Aquí hay una empresa solvente que solicita el juego de gran porte, no el juego de tugurio. Con esta concesión entraría pan en muchos hogares de San Sebastián, de Barcelona y de Madrid. El juego, si puede ser mal de pocos, trueca ese mal reducido, estancado, en un gran bien para la comunidad. Estudiemos el caso. Veamos el pro y el contra. Desprendámonos de idiotas o de pueriles aprensiones y resolvamos la conveniencia o no de autorizar tres o cuatro grandes casinos en España".

Pero esto, así: con nobleza, con luz y taquígrafos y con la valentía del operador que sacrifica una pierna o un brazo, para salvar un cuerpo.

Nada hay inmoral en el mundo si tiende al bien de la comunidad. ¡Qué importa que se arruine un millonario, a cambio de que coman millares de hogares!

¡Hagan juego, señores, y vacíen las carteras, que hay muchos telares parados y hay que dar salida a los trajes de seda, a los abrigos de pieles, al *rouge*, al rimel y a todas las chucherías que les compran a las muchachitas con aires de vampiresa los caballeros formales al perder la formalidad!



Biófilos Eufóricos

RUBENS, EL MAGNIFICO

SIGUIENDO paso a paso la ruta del glorioso pintor flamenco, no sabemos qué admirar más en él, si su vida o su obra. Ambas son dignas del genio que las gozó. Porque el primer gozador de sus obras, fué él mismo.

Pedro Pablo Rubens se supone que nació en Amberes el año 1577 y murió en la propia ciudad en mayo de 1640. Es difícil determinar su ciudad natal, pues su padre había sido desterrado a Siegen y Colonia, donde le siguió su esposa. El destierro era motivado por unos amores clandestinos del padre de Rubens con Ana de Sajonia, esposa del príncipe Guillermo de Nassau, y este magnate le desterró a perpetuidad.



Rubens, autorretrato

Pedro Pablo Rubens heredó de su padre el carácter liberal y sus arrebatos pasionales. Fuerte, hermoso, rico y pródigo, puede decirse de Rubens que fué un hombre feliz y que absorbió plenamente todos los deleites mundanos en unos tiempos en que vivir era casi pecado.

Al darse cuenta de la enorme impresión que sus obras causaban, se atrincheró detrás de ellas para entregarse por completo a su arte y no hubo poder humano que le arrancara la más nimia concesión. El clero libró con él una batalla formidable para que moderara un poco su escuela profundamente sensual, ya que "sus cuadros no podían ser mirados sin experimentar una inexplicable turbación". No transigió. Sus Cristos, sus santos, los personajes de sus escenas bíblicas, habían de ser de carne como él las concebía o dejaría de pintar asuntos religiosos. Abdicó la iglesia, abdicaron reinas y princesas y Rubens fué árbitro absoluto de su arte. María de Médicis, con ser reina de Francia, hubo de posar ante el artista casi desnuda y no pudo lograr que fuera cubierto en alguno de sus retratos el seno derecho de la reina, que al artista le pareció lo suficiente bello para ser entregado a la admiración y a la voracidad sensual de las cortes europeas.

Biófilo por sensibilidad y por temperamento, vivió como un nabab. Tal sería la riqueza y el buen gusto de su mansión, que, para evitar una ruptura con el rey de Inglaterra, hubo de venderle cuanto de bello había reunido en su palacio.

Los biófobos opinan muy serios que la sensualidad, el goce terrenal y la molicie, embrutecen. Ahí tienen el caso de Rubens que apuró todos los deleites de la tierra y dejó pintados más de quinientos cuadros maravillosos, fué mediador político entre los principales reyes de Europa, firmó tratados de paz, construyó, amuebló y decoró palacios propios y agenos, intervino en delicadísimos conflictos internacionales y aún le quedó tiempo para atender las demandas apremiantes de sus adoradoras, entre las cuales se contaban algunas cabezas coronadas.

Una de sus obras más impresionantes, es la colección conocida bajo el nombre de "Vida de María de Médicis". Veintidós telas dedicó a este tema y todas y cada una de ellas serían elemento suficiente para consagrar el genio del asombroso pintor.

No es ya la fantasía alegórica de cada uno de sus temas lo que sorprende y admira, sino la maestría en la composición de figuras y la



VENUS, FRIGIDA

Se complace aquí el artista detallando a una Venus matrona, de ancas atormentadas y carnes libidinosas, mostrándose insensible a las exhibiciones de un fauno báquico procaz y turbador. Un amorcillo oculta el rostro para no sufrir la humillación de ver vencida su diosa favorita

agilidad en resolver los más árduos problemas de visualidad y de perspectiva. Con decir que hay tela de esta colección en la que aparecen unas cuarenta figuras y que la mayoría de ellas son retratos auténticos de personajes de la época, podrá darse cuenta el lector de la enorme labor que representa la realización de estas veintidós telas maravillosas. Tampoco en ellas, y a pesar de haberle sido encargadas por la propia reina de Francia, dejan de figurar sabrosísimos desnudos masculinos y femeninos en actitudes tan por demás desenfadadas, que forzosamente habían de ruborizar a las encopetadas damas de la corte de Enrique IV.

Conocida es la verdadera idolatría con que trató siempre a la mujer el sabroso pintor flamenco y ni que decir cabe que María de Médicis, en estas veintidós telas, salió divinizada de sus mágicos pinceles.

Pero el amor de sus amores, fué Elena Forment, su segunda esposa. Se ha dicho de ella, y no sin fundamento, por cierto, que "mujer alguna en la tierra ha sido mejor y más carnalmente amada". Nosotros diremos más: afirmaremos que Elena Forment fué la luz divina que reavivó la agonizante lamparilla del genio, cuando ésta iba ya a extinguirse, incierta y vacilante.

Contaba Rubens a la sazón cincuenta y tres años y la gota comenzaba a molestarle restando soltura a su caminar y aire marcial a su gallarda apostura. Llevaba unos años de viudez.

De regreso de uno de sus largos viajes a través de las cortes de Europa, fué a visitarle su cuñada acompañada de su hija Elena, tierno y fragante capullo que iba a entrar en su décimo sexta primavera.

Tal era la belleza de aquella mocita, tal su ingenuidad y tantos y tales sus encantos, que Rubens quedó como sugestionado al verla avanzar por el jardín en dirección al atrio porticado donde el artista se hallaba descansando.

Al llegar Susana, su cuñada, junto a Rubens le dió un abrazo efusivo y un beso cariñoso. La chiquilla se le colgó del cuello y estampó dos sonoros besos en sus mejillas. Los rizos de la barba de Rubens se estremecieron al rozar la tersura de aquel rostro virginal y sus ojos quedaron como prendidos al ver que la niña, tocada con un amplio sombrero de paja con grandes y colgantes lazadas azules, se alejaba corriendo tras uno de los majestuosos pavos que prestigiaban el maravilloso jardín.

—¿Qué miras, Pedro? — preguntóle su cuñada—. ¿No la conoces?



VENUS, ARDIENTE

Pero el fuego del amor no se extingue nunca por completo en las arterias de Venus y pronto el fauno, con sus torpes caricias, logra vencer su transitoria frigidez. La valentía, el descoco, las actitudes de las dos figuras centrales de este cuadro, no admiten comentario. Reconozcamos que Rubens, con los pinceles en la mano, era un hombre sincero y libre de prejuicios



LAS TRES GRACIAS

Son incontables los cuadros de Rubens en que las tres matronas nos ofrecen el encanto de sus cuerpos de carne gozada y gozadora. Aparecen en este unos cendales absurdos cuyo origen auténtico es muy dudoso. No era Rubens artista propicio a cubrir nada del cuerpo adorable de la mujer

—Sí... claro...—contestó, ausente—. ¿Quién es?...

Y sus miradas se perdían, inciertas, hacia donde corría la nena.

—¿Quién va a ser? ¡Elena!

—Sí... ya comprendo... Elena...

Una voz alegre y cascabelera vino a despertarle de su ensueño.



DIANA EN EL BAÑO, SORPRENDIDA POR LOS SATIROS

Tampoco es propicio al comentario este cuadro. El desenfado del pintor, en cuanto a composición de figuras, proclama a toda voz que a Rubens se le toma como es, o se le deja. Su arte excelso estaba más allá del bien y del mal

—¡Tío! ¡Ven! ¡Yo sola no puedo cogerlo! ¡Se me escapa!

Y la niña, con las faldas recogidas, seguía corriendo tras el pavo real.

"¡Tío!", "¡Elena!". Pero... ¿"aquello" era su sobrina?

Y como un niño echó a correr en pos de la grácil figulina que, más que mujer, era otra flor en el jardín.

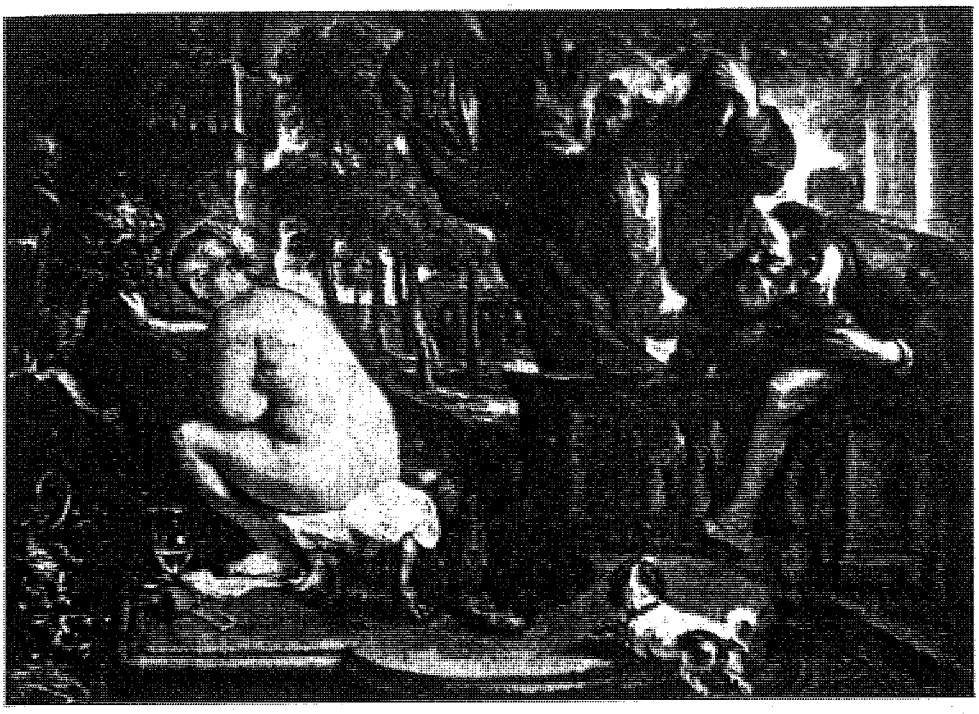
Pocos meses después se casaban. Cincuenta y tres años intensamente vividos, se unían a dieciséis abriles apenas florecidos.

Hubo sus comentarios, sus ironías y los amigos jóvenes que concurrían al estudio-palacio del gran amador, convinieron en que sería preciso "ayudar" un poco al ya achacoso esposo en sus quehaceres conyugales.

Dióse cuenta el Maestro de su casi ridícula situación y el viejo león sacudió, enfurecido, sus melenas.

Un nuevo Rubens surgió en él. Desapareció la gota como por arte de encantamiento, sus arterias sintieron correr la sangre ardiente de los días juveniles, brillaron de nuevo sus pupilas con aquellos tornasoles acerados que tantas mentes femeninas habían turbado y el viejo gotoso tornóse semental salvaje. Elena fué amada, fué adorada y fué gozada como una diosa. El artista sólo vivía para ella. En todos sus cuadros aparecía la mujer querida. Unas veces era Venus impúdica, otras Virgen inmaculada, otras representaba a una de las Tres Gracias o a las tres a la vez. Su cuerpo, por efecto de los goces carnales a que era sometido y macerado por los dolores de la maternidad, iba deviniendo amatronado, procaz, insolente. Las carnes abundantes y flexuosas, eran turbadores nidales de lujuria.

Y fué entonces, cuando el artista pudo demostrar que todavía le quedaban arrestos genésicos para deformar el cuerpo de una mujer, que comenzó a pintarla desnuda y en posiciones desgarradas y la ofrendó a las lúbri-



SUSANA Y LOS VIEJOS

Nos ofrece aquí el pintor la visión salaz de su propia mujer, la bella Elena Forment, sorprendida por unos viejos libidinosos en un momento de higiénica intimidad. Para elevar estos temas a la categoría de arte, precisa llamarse Rubens.

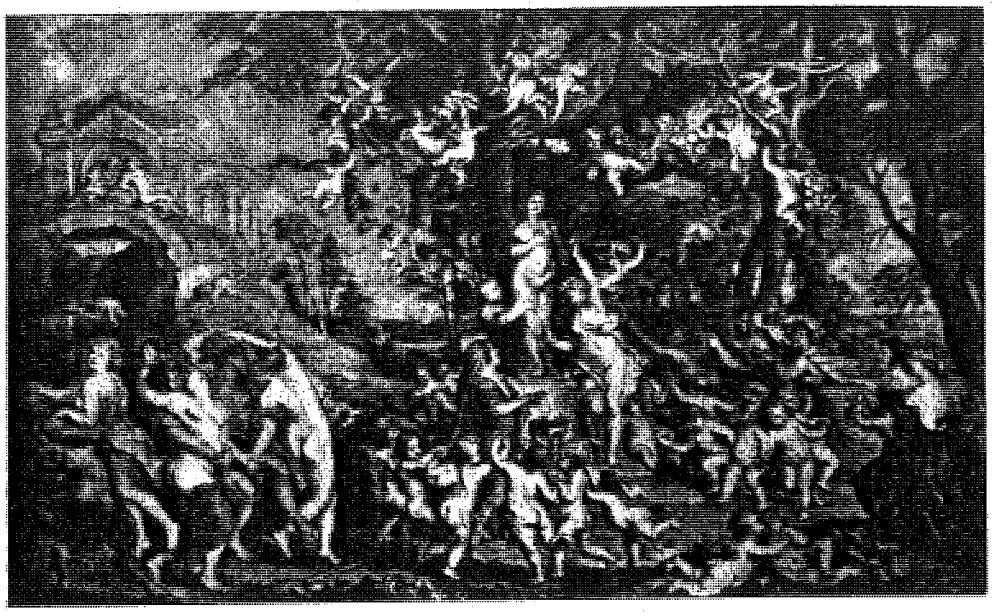
cas miradas de los murmuradores. Y allí surgió Betzabé, con los senos al aire y los muslos desnudos. Vino luego el Rapto de las Sabinas, en el que su mujer era el botín más codiciado de los raptores. Siguieron después sus frisos y composiciones de Ninfas y Sátiros y en ellos aparecía Elena entregada a desatados desenfrenos sexuales. En el Rapto de Proserpina, era materialmente violada por un salvaje hercúleo y barbudo. En Susana y los Viejos, adoptaba una actitud de higiene íntima, sentada en cuclillas, de una salacidad indescriptible.

Y así iba mostrando Pedro Rubens las bellezas del cuerpo de su mujer hasta culminar en aquel retrato en que aparece totalmente desnuda, con un abrigo de pieles echado sobre los hombros, de una sensualidad que produce escalofríos.

El hombre y el artista, en una superación casi milagrosa, triunfaban a la vez. Elena y Rubens eran felices. Se amaban con locura carnal y se entregaban a sus desvarios amatorios sin límite y sin tasa. El genio creador de Rubens sabía hallar cada día un placer nuevo en la quietud del lecho conyugal, entre cuyos pliegues se retorcía y reptaba como la serpiente de la lujuria, y tras aquellas turbias lucubraciones sensuales, surgía un nuevo cuadro más valiente, más descarado que los anteriores y las cortesanas timoratas e hipócritas, cerraban los ojos, escandalizadas ante aquellas pinturas que descubrían, gallardamente, cosas que eran para calladas y escondidas.

¡Tal era la sensualidad de los cuadros de Rubens, que ni siquiera las ancas mórbidas y rotundas de los caballos por él pintados, podían ser miradas con sosiego! Más que en hombre, iba quedando en diablo de la voluptuosidad divinizada por su arte, que se elevaba a alturas inaccesibles.

Hemos dicho que Rubens era rico y hemos de añadir que supo serlo. Por tratarse de uno de los hombres más influyentes en las altas esferas de las cortes, enseñó a reyes y a nobles a tirar el dinero a manos llenas en la decoración de sus mansiones. El arte suntuario alcanzó, bajo su influencia, esplendores desconocidos hasta entonces. El oro en sus



LA OFRENDA A VENUS

El de la ofrenda a Venus, es tema constante en la mayor parte de las obras de Rubens. Las parejas laterales de la izquierda de este cuadro, nos dicen que Rubens era hombre poco dogmático en el culto a la divina Belleza femenil y que sus fervores amorosos hallaban altar propicio en cualquier pliegue del cuerpo de Eva

manos era un simple medio de alcanzar cuanto hubiera de apetecible en el mundo. Dilapidó cantidades enormes; pero como el dinero le perseguía y le atropellaba, murió en la opulencia a los 63 años de edad. Su idilio con Elena Forment tuvo una duración de diez años y durante ellos la imagen de la mujer idolatrada quedó inmortalizada en más de veinte telas. De esta última esposa nacieron cinco hijos, uno de ellos ocho meses después de la muerte de su padre.

* * *

Hemos situado a Rubens en el sector de los biófilos eufóricos y no estará de más que aclaremos el sentido de este matiz de nuestro postulado.



RAPTO DE ORITYA POR BOREO

He aquí toda la crudeza del espasmo sexual, divinizada por el genio de un artista. Nada hay inmoral en el mundo cuando la Belleza lo limpia de pecado.

El biófilo eufórico es el amante de la vida que más se acerca al perfecto biófilo, al biófilo integral.

Biófilo eufórico es aquel que se apoya en su energía, en su voluntad, para vencer cuantos obstáculos se opongan a su felicidad material. Se distingue del biófilo cínico (Aretino, Machiavelo, etc) en que limita la consecución de sus propósitos, a su propio valer, a su propio esfuerzo y que en más de una ocasión, es más feliz por su optimismo que por la realidad de la dicha conquistada. Ejemplo reciente de biófilos eufóricos fué el de Vicente Blasco Ibáñez. Sin su optimismo, sin su energía, sin su dinamismo, se hubiera re-

Los perturbadores del mundo

EL DICTADOR



Digamos, para trazar una rápida silueta del dictador, que su existencia no le es propia. Nace con forceps y surge y se debate como elemento negativo que se opone a una fuerza viva. Uno de los casos más frecuentes en las génesis de las dictaduras, es el que se da cuando el pueblo, en oposición franca con el orden establecido, intenta desbordar los cauces artificiosos del río en que se le obliga a deslizarse. En este momento, de duda entre el poder moderador y las masas, salta la bestia de presa y látigo en mano, se apodera de los resortes coactivos y se planta en medio del río, a manera de exclusa, paralizando la impetuosa corriente, que queda encharcada en espera de ocasión para echar abajo el muro que se opone a su avance.

El dictador se presenta siempre a sí mismo como el hombre providencial llamado a salvar de la ruina al pueblo que toma bajo su égida. Algo así como un nuevo Mesías con sable y espuelas en quien los dioses delegaron su sabiduría para que arreglara las cosas del país que ha tenido la suerte de contarlo entre sus moradores. Ese es el autorretrato que el dictador ofrece a las multitudes. El espejo, la realidad, nos lo muestra de otra manera. Incapaz de gobernar con una ley fundamental por la que se otorguen derechos y se impongan deberes a la comunidad, dicta un precepto único y con él se diviniza: "Yo mandaré; tú obedecerás". Así, con esta ley, apoyada con fusiles y ametralladoras, resulta que el dictador siempre tiene razón. Claro que esta egolatría, este endiosamiento, roza en muchas ocasiones la imbecilidad; pero, ¡vaya usted a llamarle imbécil a un señor que, con una pistola en cada mano, le asegura que dos y dos suman ciento cuarenta y seis!

Un dictador visto a distancia, siempre hace reir. Visto de cerca, es ya otra cosa. El lo es todo. El es el país. El es el bien supremo de la patria. Atacarle a él equivale a atacar a la nación en sus bases fundamentales.

Desde luego, el dictador no salva nada de lo que pretendió salvar. Si detrás de él hay una monarquía, cae la monarquía y si una república, se hunde la república.

El caso de España es ejemplarísimo: aunque aparentemente nuestra República surgió sola de las urnas, como si dijéramos por generación espontánea, tuvo una gestación: la dictadura. Ni socialistas, ni republicanos trajeron la República. Quien nos la regaló fué don Miguel Primo de Rivera y Orbaneja.

La labor del dictador es irritante, corrosiva y virtualmente estéril. Nacidas las dictaduras de una negación, en la negación han de vivir y en la negación han de morir. A falta de una biología natural, el dictador se alimenta y vivaquea a favor de una euforia ruidosa que

---

cluído en un verjel de la huerta valenciana y sus novelas—quizá muy superiores a las que produjo en sus últimos años—no le habrían proporcionado más allá de un bienestar no exento de agobios económicos. Blasco Ibáñez sabía de sobra que su labor literaria perdería en intensidad, en belleza y fuerza racial, lanzándose al torbellino del mundo y despegándose de aquella tierra de maravilla donde había nacido. Pero sabía también que allí, en aquella huerta balsámica y fragante, la fortuna no iría a buscarle. Y salió en busca de ella y gozó a favor de ella cuanto la vida puede dar de sí.

Blasco Ibáñez y Rubens son dos biófilos gemelos. Gozaban sufriendo, gozaban luchando, gozaban creando su obra. Sentían la obsesión del dinero para entregarse luego al inefable placer de desparramarlo a manos llenas en un vértigo loco que tenía más de literario que de real.

Detalle muy interesante del biófilo eufórico, es que, en su carrera desenfrenada en pos de la felicidad, conscientemente no causa nunca daño a sus semejantes. Si alguien le estorba, lo aparta de un manotazo de su camino y sigue adelante sin preocuparse más de aquel que se proponía ser su enemigo.

Otra cosa es el biófilo cínico, que perfilaremos en el próximo número.

L. B.

burla y supera las leyes de la naturaleza. Rueda vertiginosamente, como un trompo y todo gravita alrededor de su eje magnético. Planta hoy un arbusto con orden de que florezca y dé fruto a las cuarenta y ocho horas, y como al cumplirse el plazo por él señalado el arbusto sigue sin dar muestras de querer frutar, aparece en la gaceta la noticia de que el árbol floreció y dió unos frutos hermosísimos que han sido la admiración de cuantos han podido contemplarlos. Ordena que todos seamos ricos y ya lo somos. Dispone que la felicidad lo invada todo y la felicidad se desparrama en lluvia de oro y de bienestar en todos los hogares. Y así, dándose a sí mismo nuevo impulso al levantarse por las mañanas, el trompo va dando vueltas, y una serie de satélites le imitan en aquel rodar de giróscopo loco hasta que un día el dictador tropieza con un pedrusco, pega cuatro saltos, cae despanzurrado y todo el mecanismo que se agitaba a su alrededor queda paralizado, muerto y sin rastro de su paso por la tierra.

Ninguna dictadura cumplió jamás el fin que se propuso. La guerra o la revolución son su engendro definitivo. Y una u otra le devoran. Así sea por los siglos de los siglos.

Para regocijo de nuestros lectores intentaremos esbozar la trayectoria de un dictador. Hela aquí. Dejémosle que hable.

Primera etapa: "El mundo conocido está formado por cinco partes, a saber: Europa, Asia, Africa, América y Oceanía. Animalia nuestra amada, aunque modesta patria, ha sido llevada por la mano de Dios a ocupar un hueco en el lugar privilegiado de la tierra: Europa. Demos gracias a Dios por sus bondades".

Segunda etapa: "Como os decía ayer, Animalia, nuestra idolatrada e invicta patria es una de las más grandes naciones de la parte del mundo llamada Europa".

Tercera etapa: "No debéis olvidar nunca que las partes del mundo, son cinco: Asia, Africa, América, Oceanía y Animalia. Al guien cae en la estupidez de llamar Europa a una de estas cinco partes del mundo; pero siendo nuestra idolatrada, invicta y prepotente patria, la más grande de las naciones de este sector mundial, con mentar el nombre de nuestro gran Imperio, basta y sobra para que las demás naciones se consideren honradas con su representación.

Cuarta etapa: "El mundo conocido y el que todavía queda por conocer, lo forma una e indivisible parte: Animalia".

Quinta etapa: "Animalia soy YO".

Sexta etapa: "En vista de que YO y Dios no cabíamos en el mundo, he acordado desterrarle y *descielarle*. Así, pues, queda bien claro que en lo sucesivo YO soy la tierra y el cielo".

Después de esta etapa olímpica, casi siempre se produce un terrible ruído de cañones, ametralladoras, rodar de tanques y trepidar de aviones que pone en convulsión a los países civilizados.

Al cesar el estrépito, aparece en los rotativos la siguiente noticia: "Ha desaparecido del mapa el imperio de Animalia, materialmente destrozado por los ejércitos democráticos que se cansaron de escuchar sandeces, retos y bravatas". EGO

Compañero:

La publicación mensual de

B I O F I L I A

representa un gran esfuerzo editorial para nuestro postulado:

Manda tu suscripción a;

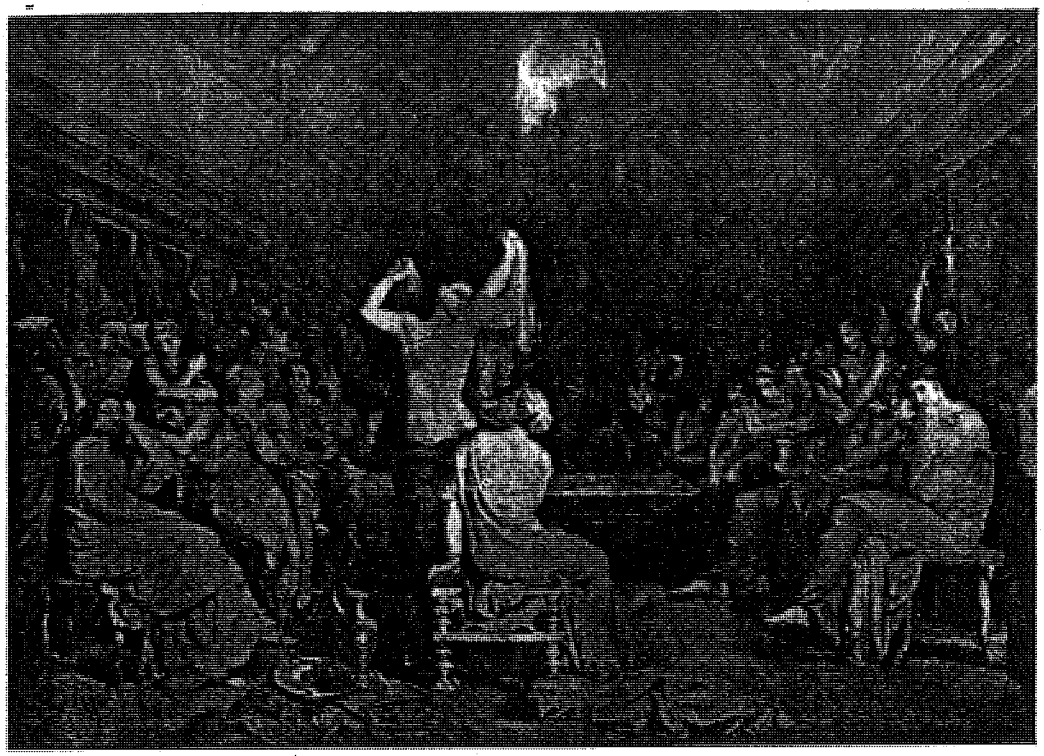
Administrador de:

B I O F I L I A

Bou de San Pedro, 9

Barcelona

Un año: 7 ptas - Un semestre: 3'50 ptas. Se admiten giros postales y sellos de correo



¡DADNOS AGUA!

UNA de las cosas más necesarias al hombre es la limpieza de su cuerpo. En la mayoría de las naciones se han preocupado tanto de esta cuestión, que ningún ciudadano puede quejarse de falta de facilidades para atenderla por muy pobre que sea.

Pongamos el caso de Inglaterra.

En cada barrio de cada población, el municipio ha establecido edificios espaciosos llamados "baños públicos". En ellos, por una perra gorda (un penique), se le alquila al ciudadano un cubículo con baño, agua fría y caliente, toalla y jabón. Si alguno desea más toallas, más jabón y un cuarto de baño más elegante, puede alquilar uno de segunda (veinte céntimos) o uno de primera (trienta céntimos).

En estos mismos edificios acostumbra haber tres piscinas: de primera, de segunda y de tercera, a los mismos precios que los cuartos de baño. En las piscinas, sin embargo, las clases no indican lujo, sino profundidad. Las de tercera son para principiantes y los que no saben nadar y su profundidad es de dos pies (seis decímetros) por un extremo, aumentando a medida que se avanza hacia el otro, cuya profundidad máxima es de cinco pies (metro y medio) o seis (metro ochenta) en algunos sitios.

¿Quién es el hombre que no puede gastarse diez céntimos en la limpieza de su cuerpo?

Veamos ahora lo que tenemos en España.

Hasta recientemente, ni agua tenían muchas casas. Los baños, establecidos por empresas particulares, oscilan en precio entre una cincuenta y tres pesetas. Aquí, en España, se paga muy cara la limpieza.

Verdad es que el municipio barcelonés lleva realizados algunos ensayos de baños públicos instalándolos en pequeñas habitaciones subterráneas sin sol ni ventilación y cobrándole al que quiera bañarse, el *módico* precio de dos cincuenta pesetas. Y si esto ocurre en Barcelona, ciudad eminentemente deportiva y una

de las más limpias de la roña tradicional española, ¿qué no ocurrirá en otras poblaciones de menor aireación espiritual que la gran urbe mediterránea?

Los únicos vestigios que quedan en nuestro país de una política hidráulica de limpieza corporal, proceden de los romanos y... ¡de los moros! ¡Los moros enseñándoles a los españoles a ser limpios!

No ya pueblos, no ya ciudades, provincias enteras podríamos recorrer en España sin dar con un establecimiento colectivo de baños. ¡Con decir que el noventa por ciento de los españoles están persuadidos que "eso" de los baños es cosa de verano y aun para los ricos!

Si fuera posible una estadística "bañística", tenemos la persuasión de que nos encontraríamos con un enorme porcentaje de ciudadanos españoles que no han tomado un baño en su vida. Sabido es que todavía nuestros abuelos consideraban algo así como un pecado el aseo corporal. En cuestiones de humana limpieza no iban más allá del rostro y de las manos y aun en muchos pueblos españoles se conserva la costumbre de quedar este superfluo menester para los días feriados.

Cuando fué proclamada la República española, recordamos que una firma bien intencionada propuso que los conventos fueran convertidos en baños, gimnasios, jardines infantiles y escuelas para el pueblo. Era este un procedimiento rápido y expédito para que en todos los barrios de los núcleos urbanos encontrara el ciudadano lugar amplio y soleado donde educarse y limpiarse. La proposición, naturalmente, cayó en el más espantoso de los vacíos.

No se siente en España la hidroterapia. El placer del agua nos es casi desconocido. La ducha diaria de los ingleses es considerada todavía una excentricidad. Diríase que la limpieza corporal y la mental van por un mismo camino en nuestro país. Costras en el cuerpo y roña en el cerebro. La Edad Media rige nuestros destinos. Y, al parecer, la cosa va para largo...

Comentarios sin malicia

¡VIVA LA VIRGEN!

EN Madrid se ha celebrado con gran pompa la procesión de la Virgen de la Paloma, aquella del mantón de la China, na, China, na...

Ha sido un éxito y ha dado pie al renacimiento del popularísimo personaje conocido por "¡Viva la Virgen!".

HUYENDO DE LA QUEMA

MIENTRAS unos infelices "hacían" desnudismo en un vedado cercano a la ciudad condal, a unos chuscos se les ocurrió la peregrina idea de pegarles fuego a los vestidos. Ello dió lugar a una verdadera hecatombe, pues los desnudistas clamaban, desesperados, por su indumento. No vemos la razón. Si realmente los practicantes eran desnudistas, la quema de los vestidos equivalía poco menos que a la consecución de su ideal. Eso es como si a un atacado de apendicitis le "quitaran" el apéndice y protestara. Hay que ser consecuentes, señores desnudistas. El problema ya es sabido que estriba, precisamente, en una cosa tan sencilla como la de "Ser o no ser". Eso lo dijo Shakespeare, que, por cierto, dejó escritas algunas "cosillas".

PARA ESTE VIAJE...

SEGUN las últimas noticias recibidas de Moscú, en la República de los Soviets, el pan puede ser vendido, ya, libremente y sin la intervención del Estado. Lo que no rezan los noticiarios es si el pueblo puede usar de esta libertad de acuerdo con sus necesidades. Porque aquí, en España, también el champán y los faisanes son vendidos con entera libertad. Ahora bien: a los obreros esa clase de libertad, se les antoja muy relativa.

Eso a parte de que, para llegar a la obtención de una tan enorme libertad como es esa de poder comprar pan sin pedirle permiso al comité de obreros y soldados, nos parece que no valía la pena de remover los cimientos del mundo.

SACRILEGIOS

SE habla mucho, estos días,, de robos sacrílegos. ¡Caramba! Pero, ¿es que existe todavía en España el sacrilegio? Porque, sacrilegio, conlleva religión, y esa, por ahora, nuestra República no la tiene.

También se habla, y con exceso, de moral. ¿De qué moral? ¿De la cristiana? ¿De la islámica? ¿De la búdica? Que se aclare eso y a ver si de una vez sacamos del pozo infecto del sexo una cosa tan limpia como es la moral de los pueblos.

El progreso al servicio de la barbarie

Elementos ofensivos de la guerra futura



A la hora en que escribo estas cuartillas la guerra parece ser la única solución que los imperialismos europeos se obstinan en dar al conflicto ítalo-abisinio. Y en estos momentos en que nos vemos amenazados por una nueva hecatombe, cien veces más espantosa que la pasada; en estos momentos en que sobre los pueblos vemos cernirse, chorreando sangre, las alas negras de la Tragedia bárbara; en estos momentos en que Caín vuelve a levantar el brazo homicida sobre su hermano; en estos momentos en que vemos que los humanismos de Oriente y Occidente fracasan y que, a despecho del simbolismo cristiano, la Serpiente del Mal vuelve a alzarse, retadora y triunfante, debemos gritar a los cuatro vientos nuestra protesta y repetir con el personaje de Octavio Mirbeau: "Yo no mato. Yo no mato. ¡¡Yo no mato!!".

La guerra es un crimen, se ha dicho hasta la saciedad desde la tribuna. Pero no basta con proclamarlo, acompañándolo de gestos tribunicios. Es necesario combatirlo, cogiendo en las manos, como diría Henry Barbusse, la tea del incendio y teniendo el valor de quemar lo que hemos adorado.

Y para que nuestra protesta sea eficaz, es preciso llevar al convencimiento de los pueblos, la matanza bárbara, la carnicería espantosa, que preparan en las altas cancillerías, todas las fuerzas negras de la reacción, confabuladas por una comunidad de intereses, para salvar su situación, sacrificando, no a veintitantos millones de seres como en la pasada guerra, sino a centenares de millones de criaturas, que *sobran*, que piden pan, que cada día se muestran más exigentes. Y, para ello, no nos contentaremos—aunque debiera ser suficiente—con recordar las pérdidas y los estragos de la pasada contienda; será mejor que mostremos a los ojos asombrados de nuestros lectores las máquinas de guerra, los aparatos bélicos, todo el arsenal de elementos de destrucción y de muerte que ha ingeniado la Barbarie Moderna. Por la potencia destructora de las armas, que en la próxima guerra se pondrán en práctica, se podrá fácilmente deducir los estragos.

MECANISMO BELICO

La aviación y los tanques—sobre todo la aviación—que en la pasada conflagración fueron un precioso auxiliar de los ejércitos terrestres, en la que se avecina serán el arma principal que esgrimirán los beligerantes. La estrategia moderna exige la celeridad del rayo en el alcance de todos sus objetivos. De la rapidez con que se realicen los primeros ataques dependerá la suerte de los ejércitos. Más que a la destrucción de los ejércitos, se tenderá a destruir las poblaciones indefensas, los centros industriales y los lugares de aprovisionamientos, atacando con toda la violencia y simultaneidad posibles, a fin de imposibilitar todo intento de defensa. Sembrar el pánico en el enemigo, para quebrantar su moral. Tal es el objeto de la estrategia militar moderna. Para ello, cuenta con verdaderas fortalezas de acero volantes, que en unas horas pueden arrojar sobre una ciudad tantas toneladas de explosivos como las que arrojaron en cuatro años los alemanes sobre Londres.

De los estragos que pueden producir estos monstruos de acero, nos darán una idea los datos siguientes, que tomo de mi folleto en prensa: "La Ciencia al servicio de la Barbarie". Los aviones de caza, que en el 14 llegaban a 220 kms. por hora, hoy alcanzan la velocidad de 370 y hasta 450. Los aparatos de bombardeo, que entonces se aproximaban a los 150 kms., hoy rebasan los 300. La carga máxima que podía transportar una flota aérea, era de 40 toneladas; hoy llega a las 250 y hasta las 500. En Rusia hay unos aparatos gigantescos, que pueden transportar cuatro toneladas de explosivos. Lo mismo podemos decir de Alemania, de los Estados Unidos, de Francia, de Italia y de Inglaterra.

Además de estos progresos, las aeronaves modernas van artilladas de una fusilería y artillería modernísimas, como la pistola Gast de doble cañón, que dispara 2.000 tiros por minuto; la ametralladora Cénit de Kraus, de

análogas características que la anterior, y la ametralladora Cénit Hotchkiss, que alcanza hasta los 6.000 metros. Hay aparatos gigantes de bombardeo con cinco torres y otros tantos cañones; otros, provistos de varias ametralladoras en la proa y dos cañones en el fuselaje de popa, y otros que, portadores de tanques aéreos, verdaderas regaderas, cargadas de bacterias o tóxicos, dejarán caer sobre las ciudades una lluvia de *hyperite*, de tifus, de hidrofobia, de muerte.

A pesar del secreto con que se han hecho los primeros ensayos, se ha sabido que en Inglaterra se construyen aparatos estratosféricos, los que, según el profesor Pickard, pueden alcanzar velocidades, que oscilan entre 2.000 y 5.000 kms. por hora. En Alemania se ha dotado a la aviación de bombardeo de motores silenciosos. Y se sabe que los técnicos alemanes están estudiando la manera de hacer invisibles los aviones, intentado por los ingleses, con unas pinturas llamadas de *camouflage*.

Idéntico progreso se observa en los tanques y carros de asalto. De 2 a 3 kms. su velocidad ha ascendido a 30 y 40. Algunos modelos, como el "Cristi", alcanza los 100 sobre orugas y los 150 sobre ruedas. Su radio de acción, que en el año 14 era de 50 a 60 kms., ha subido a los 300 y hasta los 500. Su poder de penetración ha ganado en la misma proporción. Hoy un tanque puede franquear fosos de 5 a 6 metros, obstáculos verticales de 1 a 1'50 y pendientes de 45°. Hay tanques anfibios para cruzar lagos y ríos; tanques aéreos—en estudio—que serán transportados por aviones, y tanques saltadores—en estudio también—que salvarán los mayores obstáculos.

No para ahí la genialidad de los acólitos de la muerte. Los progresos, que de 16 años a esta parte se han realizado en materia de aeronáutica, no bastan para satisfacer las tenebrosas maquinaciones de los bárbaros modernos. Había que inventar algo más destructor, más fuiminante. Y se inventó el torpedo aéreo, el cohete estratosférico, verdaderas armas diabólicas, que, cargadas de gases, de bacterias o explosivos, pueden ser mandadas y dirigidas por radio, yendo a caer en el lugar que desee el que lo dirige.

ARMAS QUIMICAS

Pasemos por alto los explosivos, que, aunque en estos tiempos han ganado un cien por cien en poder de destrucción, en la futura guerra, se emplearán como armas secundarias, y ocupémonos de las bombas incendiarias que, con los gases y las bacterias, se emplearán en gran escala.

Entre los principales medios incendiarios destacan las bombas de fósforo blanco y las de termita, del tipo de aquellas bombas "elektrón" ingeniadas por los alemanes al final de la guerra. Según el profesor Langevín, de París, director de la Escuela de Física y de Química, dado el interés de provocar simultáneamente en múltiples puntos de una ciudad el incendio, dispersando sus focos, se pensó en el fósforo blanco, de gran poder incendiario, el cual no exige el empleo de grandes cantidades, y contra el cual la acción extintora del agua es casi nula.

Las bombas "termita" contienen una mezcla de aluminio y óxido de hierro. De ellas ha dicho el aludido profesor: "Cuando estos elementos—se refiere al aluminio, al carburante, al oxígeno y al óxido de hierro, que contienen—entran en acción, la temperatura se eleva muy bruscamente a 3.000 grados aproximadamente".

Para que el lector se haga una idea de los resultados de un bombardeo con bombas de esta clase, bueno será recordar, que en el mes de junio de 1918 el Gran Estado Mayor alemán había organizado un raid sobre Londres con 3 aviones portadores de bombas de esta naturaleza. Se había calculado que, teniendo en cuenta las bombas que podían fallar, el raid provocaría, aproximadamente, ¡QUINCE MIL! incedios.

Y ahora que me diga el lector: ¿hay un servicio de bomberos, capaz de hacer frente a semejante situación? Podrá apagarse un incendio, siempre que se consiga localizarlo; pero pretender, no ya extinguir sino atajar un incendio, cuyos focos se multiplican, surgiendo con una ubicuidad arrolladora, se nos antoja quimérico. Es algo superior a las fuerzas humanas.

Los gases.—Aunque no se conocen las diferentes fórmulas que las naciones tienen para la fabricación de los gases de guerra, se sabe, sin embargo, que los gases que se emplearon en la pasada contienda, son una fumigación inofensiva comparados con los que ya se tienen dispuestos, los cuales vamos a dividir en dos grupos: los que ocasionan la muerte y los que ponen fuera de combate, entendiendo por poner fuera de combate, privar al soldado de los sentidos indispensables para su defensa o para el ataque.

A este último grupo de gases, entre los que hay unos que producen horribles dolores de cabeza, otros causan una sofocación insopor-

table, algunos producen en la piel heridas y erosiones dolorosísimas o privan de toda actividad al individuo, no dejándole ver, como los lacrimógenos, pertenece uno que, fabricado a base de alcaloides, engendra un sueño invencible. Según Gertrudis Woker, químico suizo, es posible hacer dormir a todos los habitantes de Londres mediante un ataque aéreo con bombas de estos gases soporíferos.

De los que ocasionan la muerte se poseen una variedad infinita. Pueden clasificarse en varias categorías: asfixiantes, vesicantes y tóxicos propiamente dichos.

De los asfixiantes ha dicho el ya mencionado profesor Langevin: "El efecto de los asfixiantes se ejerce sobre la mucosa de los pulmones, para hacerla permeable al suero sanguíneo, de modo que, en vez de haber aire en los alveolos pulmonares, penetra en los mismos líquido, que invade el interior de los pulmones. Resulta de ello una especie de ahogamiento por la parte interior y se produce la muerte con síntomas espantosos, con agonías que duran a veces días enteros, sin que exista ningún remedio contra la acción de esos productos".

Entre los gases mortales, los más benignos —si así puede calificárseles—son los del grupo *lewsita,* que se descubrieron en 1918 y que se utilizaron muy poco. Los soldados ingleses los llamaban *rocío de la muerte,* porque caen en forma de finísima lluvia y causan la muerte sin que las víctimas se den cuenta de ello, pues bastan tres gotas posadas imperceptiblemente sobre una persona para acabar con ella.

A éstos siguen, en grado de perversidad, los *fosgenos,* denominados por los alemanes *Cruz Verde,* los cuales se fabrican con clorina, bromocetona, cloripriacrina y oxiclorido de carbono. Estos, al primer día, sólo producen una laringitis ligera; pero, al impregnarse el organismo de ellos, la sangre se agolpa a los pulmones, cuyos vasos estallan, de modo que la víctima muere ahogada en su propia sangre, según frase del profesor de la Escuela Normal de París, M. Mayer.

El grupo de los *mostaza* es todavía más cruel, porque producen la muerte paulatinamente de todos los tejidos orgánicos. En realidad no son gases, sino líquidos en ebullición elevadísima que, esparcidos en capas finísimas, caen por su propio peso a tierra y se propagan en la ropa como los bacilos del cólera. Cuando entran en una habitación que está algo caliente, se evaporan lentamente y se van mezclando en el aire. A las seis horas, poco más o menos, de haberlos respirado, se advierten los primeros síntomas y se produce la necrosis gradual de todas las substancias vivas con las que entra en contacto. Actuando como la lepra, van comiendo las mucosas primero, luego los ojos, después los bronquios y, por último, los pulmones. Como la terrible enfermedad bíblica, no acaba en seguida con las víctimas, sino que las hace sufrir y las hace horribles aun para sí mismas durante semanas y aun meses. A pesar de esto, los *mostaza* (Dicloritil Sulfido), no son los más terribles; quedan los compuestos de *ácido hidrociánico,* que aniquilan el sistema nervioso y tienen la propiedad espantosa de ir reduciendo el cerebro, mediante una presión especial, que los estruja y los convierte en un requesón chafado.

No es esto todo. Aun suponiendo que hubiera caretas protectoras contra todos los gases, bastaría cualquier resquicio que en ellas quedase, sea por el deterioro natural, por defecto de construcción o por no ajustarse bien al rostro, como tampoco ajustan todos los guantes a todas las manos, para que la catástrofe se produjese. Los químicos han tenido en cuenta esta probabilidad y han preparado un gas, el *difenilciarsina* de la serie *Cruz Azul,* cuyas características más notables consisten en que producen, con una sola de sus partículas, tan terrible escozor en los labios y en la nariz, que obligan a quitarse la careta, aun a sabiendas de que, quitándosela, se muere.

Los tóxicos.—Entre ellos no citaremos más que uno, llamado *agua pesada,* invención de los químicos ingleses, que no tienen nada que envidiar a los alemanes.

A pesar del secreto con que la Imperial Chemicals Industries, de Londres, y el Laboratorio químico de la Universidad de Pasadena (Estados Unidos) guardan la fórmula de esta *agua,* se sabe que se extrae del agua pura, previa destilación y después de un filtrado especial. De su fulminante potencia habla bien elocuentemente el hecho de que bastan unas gotas para modificar el carácter de los metales más resistentes. Y, como quiera que bastan unos centímetros cúbicos de esta *agua pesada* para envenenar el agua pura de un depósito, se ha pensado ya que, utilizándola en gran escala en una guerra, podría ser muy *útil* para intoxicar los ríos, lagos y conducciones de agua.

Mariano VIÑUALES

EN EL PRÓXIMO NÚMERO:
ARMAS BACTERIOLÓGICAS

Aberraciones del Fanatismo

LOS FLAGELANTES

Fanatismo y sadismo, son hermanos inseparables. Cualquier religión, por humana que ella sea, al crear fanáticos, da margen a la práctica de ritos sádicos. No es, pues, de extrañar que la religión de Cristo los haya dado también y que estos anormales aparecieran precisamente en aquellas épocas en que Roma lo mediatizaba todo, lo corroía todo y destruía cuanto le estorbaba.

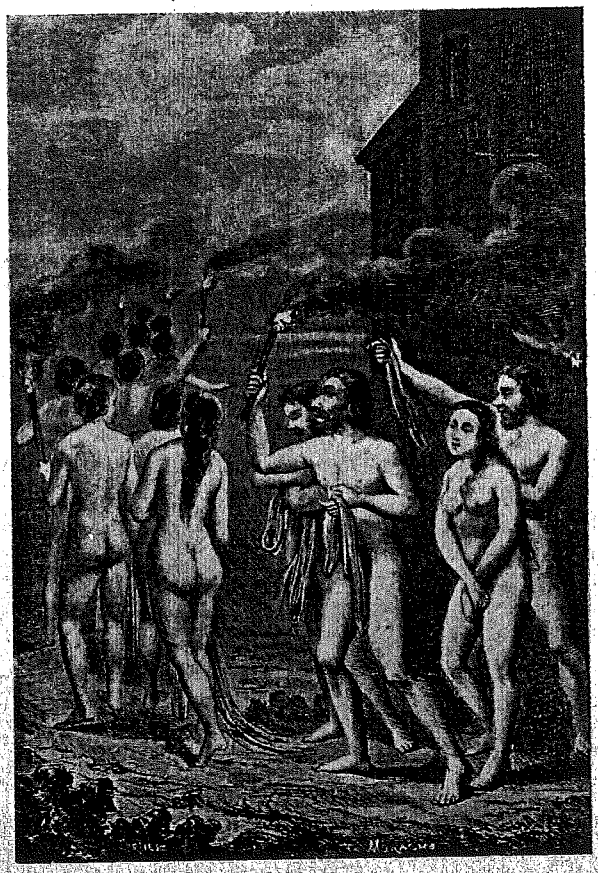
Durante el "ejemplarísimo" papado de Alejandro IV, en pleno siglo XIII y en medio de una abominable corrupción de costumbres entre los altos dignatarios de la iglesia, hizo su aparición la secta de los flagelantes.

Fué algo verdaderamente sorprendente la propagación de esta secta de fanáticos. Poblaciones enteras parecían víctimas de un vértigo de religión salaz y se entregaban a prácticas de una extravagancia inconcebible.

Quizá, profundizando un poco en el ambiente de la época, hallaríamos los fundamentos del nacimiento de esta secta que tendía, en principio, a abominar de toda belleza corporal y a anatematizar la molicie de la vida terrena, en la corrupción de costumbres de los magnates de la iglesia católica.

Precisa no olvidar que Alejandro IV no fué lo que pudiéramos llamar un modelo de virtudes en sus costumbres, en exceso despreocupadas para un pastor de la iglesia.

Irritaba un tanto a los católicos de buena fe observar que muy a menudo si el pontífice se mostraba inflexible y casi enemigo de los clérigos virtuosos, volcaba, en cambio, su generosidad y su benevolencia con los monges que pasaban su existencia en pleno y descarado escándalo y se regodeaban deformando los virginales vientres de las novicias que, si es verdad que aspiraban a "madres", no lo es menos que el esposo que ellas habían escogido no era ninguno de aquellos rechonchos y bien cuidados frailes. ¿No parece lógico que frente a tan lamentables concupiscencias, se agudizara en el pueblo el sentimiento ascético propicio a la maceración y al cilicio y diera ello lugar a la formación de la secta de la que hoy nos ocupamos?



Una procesión de flagelantes

Penesa, Italia, fué la primera ciudad donde principió esta fiebre sádica que no tardó en invadir los ambientes místicos de Roma para difundirse, con taumatúrgica rapidez, por toda Italia, Alemania, Francia y que llegó a infiltrarse en la misma Inglaterra, tan puritana en todas sus supersticiones.

Las prácticas

de esta secta, llamada de los *Flagelantes*, adquirian aires sabáticos. Viejos, jóvenes, mujeres y aun niños, corroída su mente por un furor religioso que acusaba detalles de locura, circulaban desnudos por las ciudades y los campos en actitudes hieráticas o lanzando imprecaciones de abominación de la carne y provistos de látigos y cordajes se azotaban unos a otros con verdadero salvajismo.

Estas procesiones, profundamente lúbricas, eran muy nutridas y en ocasiones llegaron a reunirse hasta diez mil flagelantes, que se entregaban a sus degeneradas devociones enteramente desnudos. Presididos por sacerdotes, cardenales y obispos se entregaban unos a otros al furor de destrozar sus cuerpos. Particularmente eran objeto de martirio y flagelación sus partes sexuales, que azotaban, retorcían y magullaban entre denuestos y rugidos feroces.

Las mujeres, no ya las del pueblo ignorante, sino aquellas que por su posición social venían obligadas a ver las cosas con mayor claridad y a realizarlas con saludable ponderación y prudencia, se mostraban llenas de fervor por estas nuevas prácticas — por cierto reproducidas no ha mucho en Rusia por el famoso Rasputín — y se destrozaban cruelmente el cuerpo.

Jamonas y doncellas, con todas sus pilosidades al descubierto, recorrían las calles de las ciudades dando terribles tirones a los sexos masculinos y más de uno de ellos había sido ferozmente desgarrado al mostrarse en exceso pujante.

No tardó tan extraña superstición en degenerar en herejía. Los flagelantes se confesaban unos a otros y se administraban mutuamente la absolución. Pretendían que sus maceraciones eran tan meritorias a los ojos de Dios, que ellas, por mediación del Altísimo, que las miraba complacido, endulzaban los sufrimientos de los que ardían en el fuego eterno. Según ellos, nadie podía entrar en el paraíso eterno sin haber cumplido, por lo menos durante un mes, la penitencia terrenal.

Pronto, las procesiones degeneraron en escenas de escándalo, de sodomía y de incesto, alentadas por los propios magnates de la iglesia, que eran los primeros en provocar desdoncellamientos y adulterios en presencia de los padres y de los maridos.

El papa Alejandro IV, asustado de su propia obra, trató de salir al paso de tan singulares fervores cristianos y procuró obtener la colaboración de los obispos y príncipes. Pero éstos habían gustado los "deleites" de la flagelación y del martirio terreno y no estaban dispuestos a abandonar tan abnegados ritos. En pleno templo se cumplían éstos y en la obscuridad de la nave, entre cánticos celestiales y una gritería propia de un manicomio, se atacaban hombres y mujeres en una mescolanza monstruosa, gozándose y sodomizándose sin atender a sexos, consanguinidad ni edades. Padres, hijos, viejos, jóvenes, entregados al sádico furor de martirizarse, realizaban repugnantes cópulas imposibles de describir ni aun con la pluma del Dante.

Poco a poco fué desapareciendo tan abominable secta — pues el pertenecer a ella llegó a castigarse con la pena de muerte—, pero, no obstante, fueron y son aún muchos los flagelantes que, sin ostentación pública, se hacen azotar en la clandestinidad de sus hogares no sabemos si por un fervor religioso enfermizo o por un furor sexual de apetencias inextinguibles.

Contra el clericalismo, que te amordaza

Contra los políticos farsantes, que te devoran

Contra los salteadores del presupuesto, que te estrujan

Contra los laicos que no saben hacer nada sin la iglesia

Contra todos los que te amargan la existencia

Suscribete y propaga

B I O F I L I A

El Cine embrutecedor de multitudes



Al cine se le suele llamar el séptimo arte. Es más exacto llamarle la primera industria. La primera industria al servicio de todo lo establecido; al servicio de todas las ideas que han embaúcado a la humanidad: Patria, Religión, Moral...

No podía ser de otra manera.

El control de esa industria está en manos de los grandes capitalistas y ellos dictan lo que ha de darse a las masas.

Eso en el aspecto mundial.

Si lo estudiamos en su aspecto nacional observaremos que cada país se sirve del cine para su propaganda política, para crear un estado de opinión o de exaltación del pueblo.

Como el libro requiere cierta cultura, que al pueblo no se le da y en la prensa diaria casi todas sus páginas son dedicadas a cuestiones triviales, deportes, sucesos, política oficial... es precisamente el cine la mejor arma del capital para servir a sus intereses. Nada tan eficaz como la imagen: nada tan persuasivo. El espíritu más simplista la comprende.

Durante la gran guerra las naciones en lucha dedicaban tanta atención a editar películas para excitar al pueblo, como al servicio de espionaje. Idéntica vileza caracterizaba al imperialismo desencadenado.

Ahora, en la paz, esos mismos países dedican grandes sumas para la realización de films de carácter militar y "patriótico".

A la multitud se le sirve, mediante la imagen, una apología de los viejos tópicos. Ha evolucionado la vieja charanga patriotera.

Solapadamente las grandes empresas productoras distribuyen el estupefaciente del cine; más eficaz que el de la prensa y el libro juntos.

Por otra parte, la crítica cinematográfica, esa gran celestina, sólo se preocupa de los ingresos que la propaganda produce al periódico.

El balance de beneficios inspira al "crítico" de cine.

Ese tipo de periodista, cuya categoría literaria es igual a la del cronista de sociedad, nunca hará una crítica sincera; muchas veces por incapacidad mental y siempre por la coacción del anuncio, el ingreso más saneado del diario.

Entre muchas de las cintas que se proyectaron en la temporada anterior, ninguna tan subversiva como la que, bajo el inofensivo título "María Galante", editó la casa Fox.

La prensa, como siempre, nada dijo del fondo de la película. Sospecho que los frívolos cronistas no supieron ver su significado. Se limitaron a decir que si la actriz era buena o mala, que si los primeros planos, que si la fotografía, y otras sandeces por el estilo.

Sólo un semanario local hizo una crítica sincera. Decía así:

"La Fox, con este film, nos presenta otra de sus idioteces cinematográficas. Ya sospechamos que los móviles de la filmación de "María Galante" no son idiotas. Lo es la realización hecha para el público, a pesar de que la tendencia que la inspira sea provechosamente interesada.

"Sin justificación lógica interviene en la trama de la película una muchacha francesa a la que se le atribuyen dulzuras y bondades sinfin. Esta protagonista es transportada a una región americana donde se mueven altos funcionarios de la diplomacia internacional. En la película se subraya con mucho interés la noble actuación de los diplomáticos inglés, japonés y norteamericano. Con no menos interés, se ponen de manifiesto las pérfidas intenciones de un personaje que, aunque en el film no se precise, tiene un inequívoco aspecto germánico. A éste se le atribuye el propósito de hacer volar las esclusas del canal de Panamá. Como es de prever no lo consigue y triunfan los buenos.

"La "dulce francesita" presa, en los mil y pico de metros de la cinta, del deseo de volver a Francia, a última hora pierde ese deseo y quiere quedarse bajo la protección de los japoneses, ingleses y norteamericanos. ¿Dónde mejor se puede encontrar la "dulce francesita"?

"Este exabrupto patriotero de la Fox es interpretado por Ketty Galian, nueva en el cine.

"No la culpemos. Hacer de "dulce francesita" en un cien pies idiota no debe ser tan fácil como a primera vista puede parecer".

Y como esta, tan cautamente venenosas, son el ochenta por ciento de las cintas. Pero la crítica cinematográfica nada dice en su labor "educadora y saneadora".

También la iglesia, que aparenta escandali-

zarse con el cine, ha comprendido que es el mejor propagandista de sus viejas ideas.

Durante la temporada anterior el cuarenta por ciento de la producción de algunas empresas fué inspirada y financiada por el Vaticano.

Los temas de todos esos films eran las luchas sociales; luchas que en la cinta no tenían otra solución que la fe; esa fe que ya van perdiendo los hombres. La iglesia, generosamente, les brindaba que se acogieran a ella para salvarse. Pero son muchos los hombres que no desean ese tipo de salvación.

Es desalentador que cada nueva conquista de la ciencia sea un paso atrás, por paradójico que parezca, en el camino de la cultura del pueblo. Accidentalmente un paso atrás, mientras el cine esté en manos de las fuerzas reaccionarias del mundo.

Sólo un país, con una concepción racional de la vida, donde la cultura es accesible a todos, utiliza el cine para propagar la verdad: Rusia.

En cambio, el resto del mundo, se entrega con fruición a la labor embrutecedora de los que por derecho natural deben ejercer el poder.

José ALLOZA

NORMALIDAD

TODOS sabemos que, de acuerdo con los comunicados oficiales, reina en España una paz paradisíaca. Nosotros, noblemente, creemos que en nuestro país no ocurre nada que pueda determinar alarma excesiva. En Francia, por ejemplo, los oleajes sociales son muchísimo más encrespados.

No obstante, no todo el mundo opina como nosotros. Vivimos al margen de la Constitución. Se mantienen estados de alarma y de guerra para hacer frente a simples flujos y reflujos de la opinión, que podrían ser suavizados en plena vigencia y con absoluto respeto de nuestro código fundamental. ¿A qué seguir así? ¿Por qué condenar al pueblo español a un estado latente de inquietud y de zozobra?

Motines, algaradas, luchas violentas con la delincuencia, las hay en todos los países. Los gangsters y los policías norteamericanos se ametrallan a diario por las calles de Nueva York y Chicago. Scottland Yard y la delincuencia británica, sostienen luchas todos los días. Los enconos políticos entrechocan y polarizan continuamente en los grandes centros urbanos europeos. Pero... ¿eso qué tiene que ver con la suspensión de los derechos cívicos de los ciudadanos de un país? ¿Que en la lucha social se queman tranvías? Bien; para eso están los bomberos y las brigadas policíacas especializadas. ¿Que se cometen atracos? Suponemos que el perseguir esos atracos es una simple y cuotidiana misión gubernativa. ¿Que hay quien coloca y hace estallar artefactos ruidosos? ¿No ocurre eso en todos los países del mundo? ¿Por qué, pues, sacar las cosas de quicio y mantener estados de excepción que ningún bien pueden hacer al país? No somos tirios ni troyanos. No quitamos ni ponemos rey, ni siquiera ayudamos a señor alguno. Somos ciudadanos, simples ciudadanos y no llegamos a comprender qué diablos pueda tener que ver el incendiario, el atracador y el petardista, con nuestros derechos de ciudadanía, eternamente suspendidos.

Eso no es justo; eso desespera a quien nada tiene que ver con la delincuencia. Hay que decidirse de una vez a gobernar con la ley en la mano y a dejar la estaca para los irracionales. Gobernar, como se viene gobernando en España desde hace más de cuarenta años, es propio de arrieros, no de rectores de un pueblo. Queremos ser ciudadanos; ansiamos poder mostrarnos orgullosos de haber nacido en nuestro país; queremos cumplir estrictamente nuestros deberes cívicos, pero queremos, también, gozar de la plenitud de nuestros menguados derechos. ¿Es condenable, es tortuoso ese anhelo del pueblo español? Medítenlo los llamados a hacerlo. Poco a poco, el león español va perdiendo uñas y melenas y pronto va a quedar más manso que un cordero castrado. Cuando esto ocurra, no quedará ya pueblo. La política habrá hecho de él un rebaño. Y cuando un pueblo entra en esa ínfima categoría, los pastores y los lobos de tierras cercanas se aprestan a devorarlo. Medítenlo, medítenlo los llamados a hacerlo.



VACUNAR ES ASESINAR

La vacunación es un dogma ya derruído: todavía tiene sus adherentes. La vacunación es una bárbara práctica, inspirada en un rural y detestable sofisma. La vacunación es un envenenamiento y degradación de la especie humana, que vivió y padeció bajo ese dogma. Ha hecho más víctimas que la fe en la Encarnación del Verbo, o que la doctrina de la comunión bajo las dos especies. Ha equivalido a un Santo Oficio en sesión permanente. Ha sido como una guerra, una larga guerra, una serie de guerras (continúa la acción), serie que no acabará hasta que la humanidad enteramente se despierte y se rebele.

Este es un libro para enseñar a diagnosticar el lúcido deliriode hechiceros universitarios bajo el aspecto de lógica usual de medios. Mi libro tiene por misión el estudio del mecanismo de esa lógica, y aquí la Vacunación me sirve de paradigma típico y antonomástico. No voy a poder entrar en lo vivo del Proceso contra Edward Jener y sus secuaces.Por lo demás, ya está fallado. El jennerismo es, en sí, toda una atoplogía. *La vacunación es una enfermedad.* La mentalidad vacunista, ya de por sí una grave, gravísima, una funesta afección.. Jenner es un atentado contra la salud e integridad de la humanidad en sus niños. De lo mejor de una nación en sus soldados...

Un Gobierno tan cuidadoso de la higiene de sus administrados, como el Gobierno de Holanda, tuvo que *suspender*—por un período de tres años—la vacunación de sus niños, ante las irrefutadas objeciones de los prácticos más conscientes, horrorizados ante los casos de encefalitis vacunal. Y de otros casos. A Prusia no le sirvió de nada su Ley de Vacunación, puesto que, en pos de la guerra del 70, contra Francia, vió diezmada, por viruela negra, a su población vacunada. Uno de los países más escrupulosos, en lo de vacunar por obligación a todo el mundo, ha sido el Imperio del Sol Naciente, genial mimetista de todo aquello que procede de donde se pone el sol. Pues bien, el Japón no ha visto disminuir sus epidemias de viruela, en atroces períodos en los que la Iglesia dogmática vacunomatista nada tenía que decir, y se cruzaba de brazos... ¡Qué hacer!

La vacunación es inútil. La Epidemia sigue su *ciclo* —y se desentiende (aparte la limpieza) de las suciedades que en la sangre inocente humana "inoculan" los médicos hechiceros. ¡Tiene en cuenta esas suciedades, al contrario. *Cuenta con ellas,* la Epidemia, y así se mantiene latente, en los diversos suelos de Europa, un flagelo—que, como la peste y el cólera, como la lepra, iba ya pasando. Pero la vacunación fué... ¿Comprendéis?. En esta sección precisa, no cabe duda ninguna, ni hay nadie que pueda racionalmente negarlo hoy: la Medicina en general es una enfermedad. Su síntoma más conspicuo, Jenner (1).

La vacunación no os salva de la viruela, que hace su curso en el individuo, y (considerada como individuo) en la comunidad. Tal como dije a propósito de Behring. No hay tal combate victorioso de la viruela por la vacuna. Eso es una sagrada mentira. Por otra parte, con la sucia práctica de la vacunación os inoculáis... la muerte. O rápida y ejecutiva, o bien lenta e insidiosa. Cáncer y sífilis van en aumento en una sociedad que se vacuna. Eso

(1) Los llamados gérmenes morbígenos (?) nada tienen que hacer en una Ecopomía limpia y en marcha. La suciedad, se propagaría por el mundo, si—mentalidad de Purificadores—nos secundara la Naturaleza. Ella limpia, y tiene sus Agentes. Son los "microbios", ¡y nosotros los queremos matar!

Taparíamos el Vesubio, con una tabla de bronce, si se pudiera. Dispararíamos contra el "lapillo". Puede ser que, cuando lo de Pompeia, cayese en el arbitrio, un esclavo, de dardear los copos de ceniza (uno por uno) que iban sepultando a la sibarítica y terremotada, linda pequeña ciudad. Pues así funcionamos nosotros. Mirad qué bonita medicina ejercemos.

El Dr. Diego Ruiz

el infatigable luchador, ha publicado otro libro. Arremete esta vez contra una práctica oficialmente profiláctica, la vacuna, que él estima de resultados desastrosos para la sociedad. El título del libro, actúa a manera de dardo, disparado contra el objetivo escogido: "Vacunar es asesinar. Dejarse vacunar, suicidarse". La obra, bien intencionada, defiende su punto de vista con noble apasionamiento. Aporta datos, razona, analiza. Con estas armas, todo postulado habrá de merecer el respeto y la atención de los hombres de buena voluntad. Reproducimos en estas páginas uno de los capítulos del libro en cuestión, que en otro país más sensible que el nuestro, habría levantado ya tempestades polémicas. Porque precisa no olvidar que el Dr. Diego Ruiz no es un panfletista y que no se le debe dar trato de tal.

está registrado. Y la lista de grandes y pequeños males va—ya se sabe; está clínicamente establecido—desde el eczema vaccinalis hasta la encefalitis que el honesto y valiente doctor F. R. van B. Bastiaansee, de La Haya, no dudó, públicamente, de atribuir a la suciedad ignominiosa y degradante de una práctica terapéutica deshumana. La Medicina es una enfermedad.

Una enfermedad, que empieza por el juicio. Una enfermedad, ante todo, en el poder coordinador del razonamiento (2).

Los alemanes llaman a esos defectos o excesos del pensar—que a veces son, incluso, aciertos—Gendankerxperiment. Los lógicos ingleses, con más fuerza, *suicidal propositions,* proposiciones de suicida... Recuerdo haber traducido yo, cuando era estudiante, y para la veterana "Gaceta Médica Catalana", un artículo (de Marandon de Montyel) sobre los "suicidadores". *Les Suicidateurs.*

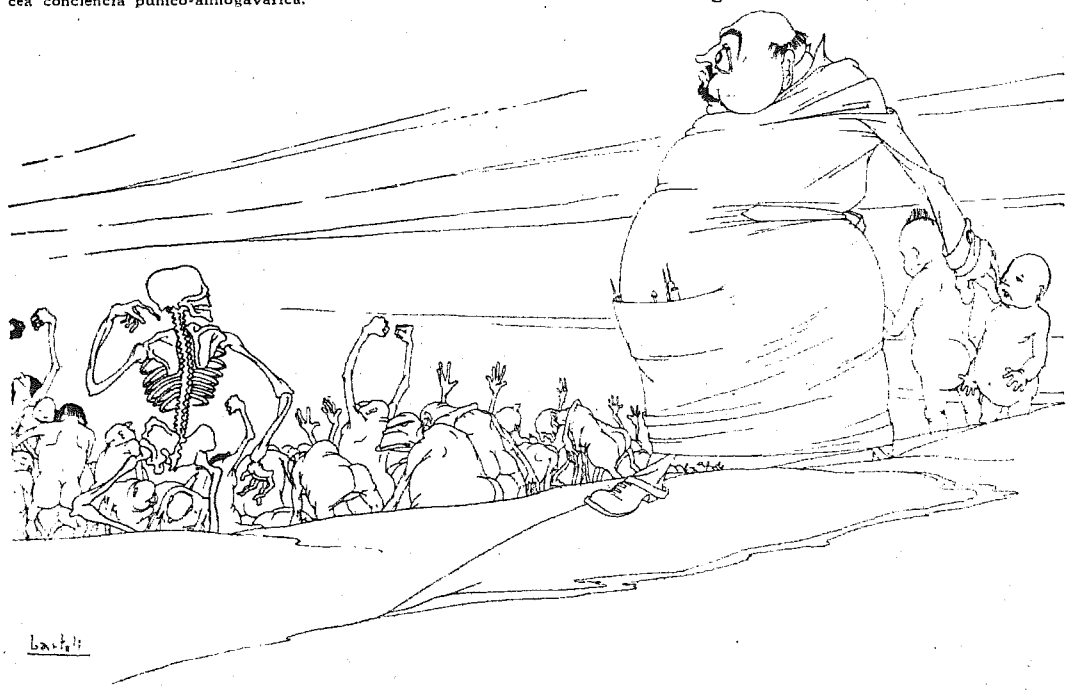
Jenner habrá sido, pues, eso: un suicidador del género humano. El nombre de Jenner merece figurar en la lista de los tiranos de Sicilia que inventaron el tormento de "la panza enrojecida del toro de Falaris"—tormento ante el que sonríe, impasible el solo Epicuro, verdadero médico. Es nombre el de Jenner, como para figurar en la lista de los que mataron a los Albigenses y fundaron la institución del Santo Oficio. Se ha dicho, de Broussais, que hizo derramar más sangre que Napoleón. Siempre una generación médica se burla y se horroriza de los papás que "no supieron lo qué quería decir curar"... Pues el vacunismo habrá sido peor, mucho peor que la sangría. Jenner ya pasa: ¡pero qué crepúsculo más largo!

¿Y por qué? Cuando se trata honestamente de responder a esa pregunta, lo que en seguida se le ocurre a uno (aparte la diagnosis general de *Dialectica Medicorum pessima)* no es otra que la Cuestión de Intereses. En su mercantilismo filantrópico, y una vez que se pasó por el sofisma de que la vacuna *es* la viruela; por el sofisma de que, iniciada que fué la práctica (causa) se produjo la disminución (efecto) de la epidemia, pues la Iglesia montó un negocio. Fué eso, como la Cues-

(2) La legislación contra la Vacuna es tan inicua, que rebaja una nación a colonia, a un nivel todavía más bajo. La catequización es autorizada, no impuesta, dice el mismo legislador del Paraguay, que aplicará la ley 1850 al misionero que "se quiera imponer"; y ese mismo legislador conocerá un género especial de misioneros, que se imponen: los vacunadores jennerianos. La vacuna equivale a un "Progrom silencioso"...

¡Pero no tan silencioso! Me explican, madres de Barcelona, que, en tan alegre ciudad, empleados del Municipio las detuvieron, por las calles, en las lecherías, en las tiendas, a donde iban acompañando a sus nenes, y a la pregunta: "¿Está vacunado?", seguía la ejecución de hacerlo al día siguiente. "En tal dispensario".

Es la caza del hereje por las calles. Estamos en los tiempos de San Vicente Ferrer, "catalán de Valencia". Entre carnes, embutidos, "purrons", vacuna, la Administración quiere, sin duda, reducir a tribu subcolonial, una ciudad que se engrió tanto. Y que tantas atrocidades tiene sobre la silícea conciencia púnico-almogavárica.



tión de Suez. *Medicina es terrorista dolencia interesada.*

Beneficium suprema lex esto. Jenner era habilísimo hombre en lo de ayudar a vivir a sus semejantes, pidiendo para sí pensiones a un alucinado Parlamento.

A mí me interesa la cuestión de la vacunación en sus relaciones, sobre todo, con la Medicina, como Mentalidad. A mi texto, lo que interesa es el *funcionamiento de la mente inglesa*, en tal época, bajo tales y cuales sicofantes, que hallaron, al fin, un dogma, y que lo impusieron. De Jenner se pasa a Pasteur: la culpa de enfermarse, no es del hombre. Todo el capítulo de culpas se transmite—en cuenta corriente de una banca siempre en riesgo de la bancarrota—del hombre al virus. Del virus al "microbio".

Mucho virus y poco vir. La decadencia irremediable de la filosofía en Europa, en la época industrial, corre parejas con la ausencia de virilidad para pensar una Medicina como Lógica. Una Medicina presentable, en el curso de las demás ciencias, definitivamente purgadas de hechicería, cruentos sofismas y párvulas operaciones de magia. Así vemos una medicina que vuelve a Eros, en el poema permanentista de Freud-Empédokles. Y que vuelve a lo del virus y la *inoculatio* con toda la superstición oriental. No nos movamos de nuestro Edward Jenner.

Inoculación. A no pocos estudiantes de medicina convendría saber lo qué significa la palabra esa. Es muy urgente que un sabio sepa las palabras de magia, y de qué ideas primitivas son vehículos esas palabras—. La idea de inoculación, es bárbara.

Inocular... Inoculo. La práctica es hindú. En la India, una de las patrias de la viruela negra, la población se variolizaba. Similia similibus curantur... Era, y es, una práctica mágica bajo el signo de la reconciliación. India tiene una diosa de la viruela negra: Matah. En ella adora. A ella teme, y hay por qué. En las grandes epidemias, India se reconcilia con Matah: ¿cómo?

Por inoculación. Y, entre los ojos, *in oculo*, el hindú se varioliza. Práctica muy extendida entre las poblaciones de Oriente. La vacunización, es precedida de la variolización. Con las materias mismas hediondas, procedentes del hombre afecto de viruela negra, los orientales (Persia, China, la India de los Brahmanes la Turquía precedente a Mustafá Kemal Pachá) voluntariamente se contagiaban. Y, en India, propiamente, se *inoculaban* (in oculo). La parte fué tomada por el todo, y he ahí el bárbaro arranque de la práctica de la inoculación. Estamos en la Era—que va cerrándose, pero ¡qué cuesta!—de la mentalidad médica primitiva. Epoca de tránsito, en la que la Medicina no tiene ya el arranque del instinto—y todavía no es, propiamente, razón. La Edad Media continúa.

Hufeland—de Kantiana memoria—fue el que orientalizó a la infeliz Alemania, a comenzar, en verdad, por la Turingia. Pero el médico de Kant y del emperador Federico Guillermo III, no hizo sino copiar lo que ya se practicaba en Francia desde el principio del setecientos... ¡Y pensaban Leibniz, Huygens, Newton! La ciencia seguía por un camino, la Medicina por otro. La ciencia no será ya nunca una Medicina hasta que incida la Reconciliación. Este es un balandro que perdió, por no se sabe qué destino, timón, brújula. Los resultados de Hufeland, en Turingia, fueron sencillamente horribles.

Como los de la inoculación Jenneriana, en Prusia, siglo y medio después.

¿Influyó el experimento en la actitud antiterapéutica de Kant?

La "fiebre infecciosa y muy contagiosa", que padeció Goethe, y que curó como se dijo, viene sin duda de la *Matanza de Turingia* (3).

Por criminal empiria y mímesis de la oriental superstición e ignorancia, la inoculación Hufelandiana produjo a centenares los fallecimientos. ¿Qué era entonces la inoculación? La variolización. A la persa, a la hindú, a la turca. La variolización es el atrio de la vacunación... L'appetit vient en mangeant.

Pero la ciencia médica de entonces (que no es *diversa*, no digo opuesta; digo diversa, *esencialmente* diversa de la de ahora) se hallaba ante una Responsabilidad sin atenuantes, de la que tenía que dar cuenta ante su engañado público. Y en seguida. Entonces el gran Hufeland *dirigió la Aritmética*. Y tenía por qué: contra los remordimientos, todo sabio director de estadísticas, no conoce otro opio que las columnas de números. Acalla su conciencia así. Ahora, como entonces. Y mañana mismo como ahora, hasta que no incida la sublevación de la vejada razón pública.

(3) Cuando van al asalto, a la bayoneta, les dan rhum, ajenjo, cognac. En previsión de ese día de suprema "Ebrietas", y para facilitarla, los vacunan. Los "purifican". Los drogan. Así salvan a la patria, desde niños: un estado de narcosis que consienta al glucosio ser quemado para mucho rendir, en músculos "vigilados". Ni más ni menos que como una domesticación.

Ths. Hobes no había previsto esto, en el "Leviathan", y se quedaría sorprendido. Mas, ¡qué sorpresa para el decano Swift! Y para Quevedo.

IMPRENTA LAYETANA.—Bou de San Pedro, 9.—Barcelona.

En breve:

La Novela Biófila

Interesante publicación quincenal novelada en la que se abordarán con valentia los temas de nuestro postulado biófilo.

Soberbia presentación, 64 páginas con portada e ilustraciones.

50 cts.

Temas apasionantes. Literatura libre.

OBRAS INTERESANTES

DESNUDISMO INTREGRAL

Una obra fundamental de

LAURA BRUNET

El libro de todos los tiempos

Copiosa ilustración de todos los campos desnudistas del mundo.

Precio: 8 pesetas

Las Sectas Sexuales Rusas

Algo nuevo en la literatura universal.

Espantables aberraciones del fanatismo ruso.

Obra ilustrada original de

A. URALOFF y LAURA BRUNET

Precio: 6 pesetas

Biblioteca "Nuevo Surco"

Los Salvajes

Impresionante novela realista original de

M. P. ARZYBACHIEF

Precio: 3 pesetas

La tumba de las vírgenes

Formidable cuadro de la prostitución en la Rusia de los zares, original de

A. KUPRIN

Precio: 3 pesetas

La vida sexual en Rusia

Archivo fotográfico y literario de la moderna legislación sexual soviética.

Precio: 2 pesetas

Biblioteca "Rojo y Negro"

Valiosa colección de folletos ilustrados tratando de temas interesantísimos

N.º 1. La ley del pueblo.

N.º 2. Monstruo de monstruos.

N.º 3 Los mártires de Montjuich

N.º 4. Los asesinos de Ferrer y Guardia.

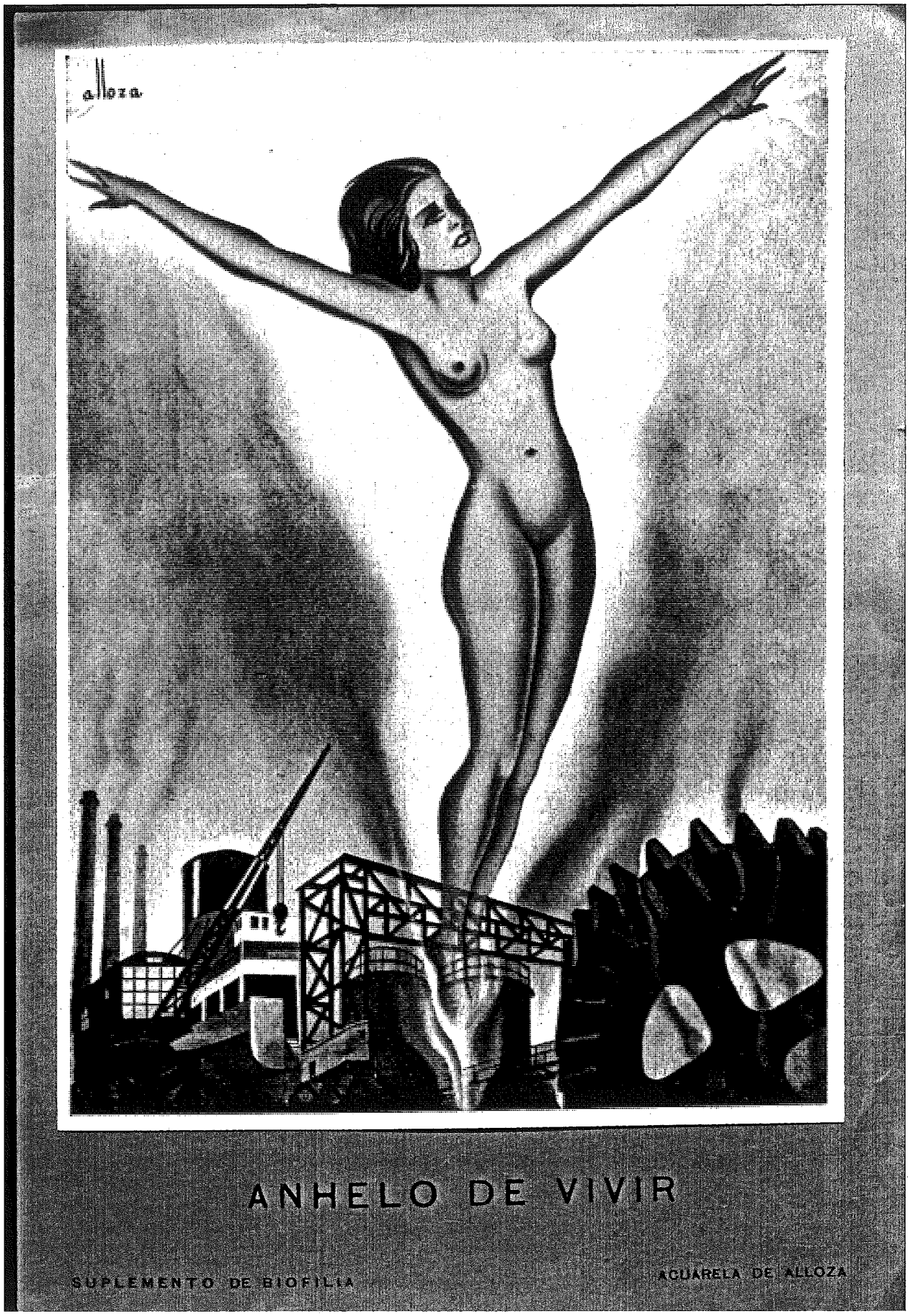
N.º 5 Los crímenes del clericalismo.

N.º 6 Los bandidos de la cruz.

Precio del folleto: 60 cts.

PEDIDOS A NUESTRA ADMINISTRACION

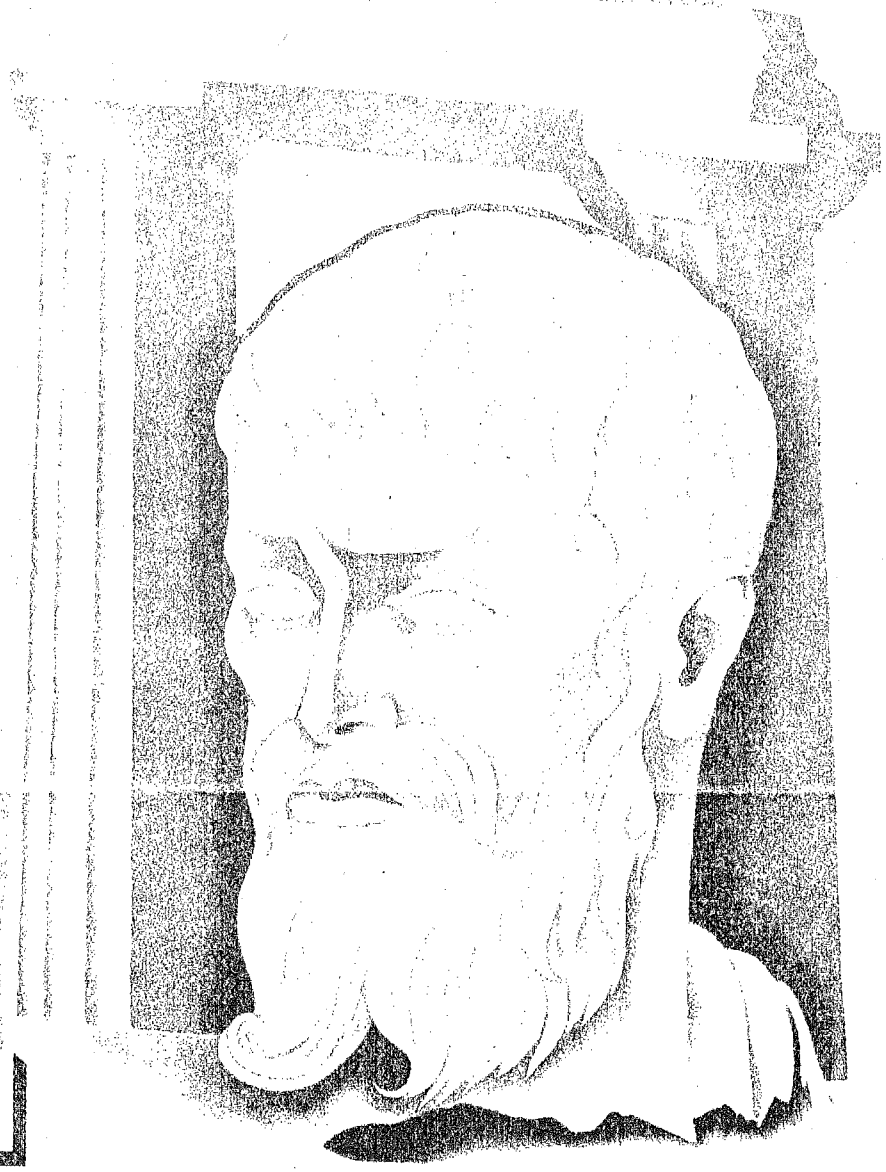
Los libros se mandan libres de todo gasto, por correo certificado, remitiendo su importe en sellos o contra reembolso.



ANHELO DE VIVIR

SUPLEMENTO DE BIOFILIA

ACUARELA DE ALLOZA



EPICURO

ERA un hombre sencillo. Se limitó a una férvida adoración de la Naturaleza y vivió de acuerdo con ella. Diríase de él y de sus doctrinas, que es la vida misma puesta en pie. Produce verdadera angustia descubrir que, veintitrés siglos después de haber pasado por el mundo Epicuro, haya dictadores en la tierra y leyes absurdas contra el Hombre y la Naturaleza.

Nació en Samos el año 341 y murió en la capital de Atica el año 270 antes de la venida de Cristo. Su vida fué modesta y ejemplar. No abusó de los placeres; los gozó todos; que para esto y no para sufrir se humanizan los átomos.

Hijo de un colono ateniense, Neocles, fué discípulo de Xenócrates, en Atenas, estableciendo más tarde cátedra en Mitilena para pasar después a Lampsaco. Poco hábil en la oratoria, persuadía con el ejemplo. "Mirad la Naturaleza—decía a sus discípulos—; lo que esté en desacuerdo con ella, es inmoral".

No contaría Epicuro más allá de los veinticinco años, cuando en su jardín de Atenas, a la sombra de robles y laureles, comenzó a decir a su auditorio: "la vida está en todo; la vida ha sido siempre; nadie la creó...".

Hombres y mujeres le escuchaban, absortos, y alguno de ellos observó: "¿Y... los dioses?". Sonreía Epicuro, con aquella sonrisa suya que se perdía en un frunce de ojos y, apaciblemente, comentaba: "¿Dios? ¿Los dioses? ¡Mírate a ti mismo! ¡En la tierra no hay más que un dios: EL HOMBRE!".

Aunque lento en el caminar por la vida, fué de una asombrosa fecundidad literaria. Más de trescientos libros se le atribuyen; pero los irracionales teístas lograron hacerlos desaparecer casi todos. Quedan sólo fragmentos, máximas. Pero las ruinas de la obra del gran vidente, son una antorcha de luz que los siglos no han podido extinguir.

Diógenes Laercio conservó su testamento, algunas epístolas y una lista de posiciones pétreas, indestructibles, que abarcan la esencia de su filosofía.

Sostuvo que el placer es el único fin racional del tránsito del sér humano. Aconsejó que el deleite fuera austeramente administrado para hacerlo más duradero.

Negó rotundamente toda intervención divina en la creación del Universo y aceptó la teoría atomística de Demócrito, según la cual los cuerpos han sido formados por atracción y acumulación de átomos. Esta maravilla científica, que venía a revolucionar el mundo y echaba abajo toda la farsa religiosa, atrajo las iras de los teístas y Epicuro hubo de sortear hábilmente los peligros de una persecución fanática.

Desterrada por Epicuro la providencia cradora y rectora del mundo material, tampoco la admitió en el aspecto moral. Los hombres, según él, eran buenos o malos por sus actos, no por su sumisión a una ética convencional.

Los átomos, según Epicuro y Demócrito, han sido siempre y serán siempre en el cosmos y con ellos, por atracción y asimilación biológica de los átomos, vino al mundo el primer hombre y así por los siglos de los siglos, la Naturaleza se irá creando y renovando a sí misma.

¿Vais viendo la maravilla científica intuída por aquellos hombres que escrutaban el mundo y sus misterios?

No somos sectarios; somos libres dentro de nosotros. Ni un solo precepto convencional o confesional turba nuestra mente; pero lloramos lágrimas de sangre cuando, hoy, después de lo dicho por los filósofos griegos, nos es dable escuchar, brotando de los tiernos labios de nuestros hijos: "Dios creó el mundo en siete días...".

¡Apartad de una vez a Dios de los cerebros infantiles! ¡Abrid paso a la Razón que ella les evitará los dolores del desengaño!

¡Salve, Epicuro! ¡Salve, Maestro!

Laura BRUNET